

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

¿Jugamos al poker?

Existe en Rusia un importante agente secreto llamado Iskra, que significa «Chispa». La sola mención de Iskra pone los pelos de punta a cualquiera que conozca ese mundillo. Pero aclaremos esto… Al igual que sucede con la agente Baby, todos los espías del mundo han oído hablar de Iskra, pero nadie sabe quién es ni cómo es. Así las cosas, la señorita Montfort es citada en el cuartel general de la CIA para recibir (una vez más) un encargo que se las trae:

Iskra pretende desertar de la MVD soviética y pasarse a la CIA. No, no será fácil recoger a Iskra y llevarlo a Estados Unidos sano y salvo. Y si esto ya es de por sí difícil… ¿cómo será recoger a *tres* Iskra…?



Lou Carrigan

¿Jugamos al poker?

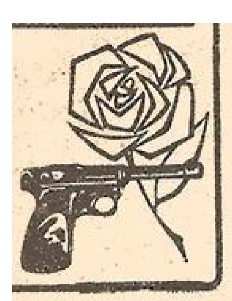
Brigitte en acción - 82

ePub r1.1
Titivillus 22.07.2017

Lou Carrigan, 1968
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

El pequeño helicóptero tomó tierra suavemente, en la explanada verde, ya con las primeras flores silvestres de la primavera. Las aspas dejaron de girar, y, al instante, la espía más hermosa del mundo saltó del aparato, ágilmente, graciosísima con sus largos pantalones *bluejean*, su camisa a cuadros de colores, su grueso jersey negro… y sus fantásticos ojos azules, muy abiertos, mostrando aquella sonrisa capaz de tumbar de espaldas al más impasible de los hombres.

Había dos, esperándola en la mullida pista verde, y se acercaron entonces, sonriendo ampliamente, no poco felices por aquella sencilla y simpática misión que la CIA había tenido a bien asignarles. Normalmente, las misiones eran muchísimo más ingratas que acudir al helipuerto de la Central de la CIA para recibir nada y nada menos que a la agente Baby.

—Hola, Baby —saludó uno de ellos.

El otro sonreía como un tonto feliz, y movía la cabeza en un gesto aprobativo, cualquiera sabía por qué.

—¿Qué tal, Simón? —Sonrió la divina espía—. ¿Cómo han estado estos últimos meses?

—¿Nos recuerda?

—Oh, sí.

—Solo nos vimos una vez, hace casi un año… Y apenas unos minutos… ¿De verdad nos recuerda?

—Querido Simón, Baby jamás olvida las caritas de sus niños mimados. Por cierto, les he traído unos caramelos.

Los dos agentes de la CIA sonrieron ahora tan ampliamente que parecía que su boca estuviese creciendo por segundos.

—Es una broma divertida —dijo uno.

—No es ninguna broma. —Brigitte sacó una bolsita de caramelos, y se la tendió—. Cuando tío Charlie me avisó de que

tenía que ir al punto de recogida doscientos setenta y dos para ser trasladada a la Central, comprendí que un helicóptero me traería aquí. Y, como siempre, dos de mis muchachos me estarían esperando para llevarme junto a míster Cavanagh, el terrible jefe de los mejores agentes de acción de la CIA. Y entonces me dije: ¿por qué no llevarles unos caramelos a los chicos?

El espía americano abrió la bolsita, metió dentro dos dedos, y, en efecto, sacó un par de caramelos, que se quedó mirando atónito.

—Sopla… —dijo el otro—. ¡Pues es verdad!

—Hay más caramelos dentro —dijo Baby—, de modo que tienen por delante una tarde completamente dulce. ¿Y bien? ¿Dónde me está esperando míster Cavanagh esta vez?

Simón tendió un caramelo a Brigitte, otro a su compañero, y desenvolvió otro para sí.

En pocos segundos los tres estaban chupando golosamente, mirándose la mar de divertidos. Por último, se echaron a reír a la vez, y el otro Simón comentó:

—Para que luego digan que los espías somos gentes malvadas… Aquí estamos nosotros, tranquilos como niños, chupando caramelos. Esto es increíble.

—Como todo lo hermoso, Simón… —Sonrió Baby—. Otra cosa sería si el trabajo de los espías consistiese en comer caramelos. Bueno, creo que no debemos hacer esperar más a míster Cavanagh.

—Está en los campos de tiro.

Simón señaló el *jeep* que se veía a corta distancia, y los tres fueron hacia allí.

Ayudaron innecesariamente a la más bella y simpática espía del mundo a subir al vehículo, lo hicieron los dos, y en el acto el *jeep* partió hacia los campos de tiro.

* * *

Míster Cavanagh lo vio llegar, pero solo le prestó atención un segundo. Luego, con el revólver de larguísimo cañón para competición, continuó disparando con el tubo de pruebas, hasta agotar la carga. Para entonces, la agente Baby estaba ya a su lado, pasándose el caramelo de un lado a otro de la boca, sonriendo tan dulcemente como una niña.

—¿Conserva bien su pulso, míster Cavanagh? —preguntó.

—Regular. De los nueve disparos, debo de haber acertado seis o siete.

—¿Tan solo?

—Eso me temo. Si hubiese acertado los nueve, se habría encendido una luz roja en el fondo del tubo.

—No veo ninguna luz roja.

—Lo cual quiere decir que he fallado algunos disparos… Es una modalidad nueva en los polígonos de tiro de la CIA, Brigitte. La diana está situada a cien pies, y su tamaño es el de una pelota de tenis. Si los nueve disparos aciertan ese pequeño círculo, se enciende la luz roja. Tan solo que se produzca un fallo, esa luz roja no se enciende. Es una dura prueba para nuestros mejores agentes, teniendo en cuenta que la distancia de cien pies resulta muy insegura para el tiro a revólver.

—Entiendo. Y me agrada conocer un revólver tan… moderno.

—¿Le gustaría probar su puntería?

Brigitte se quedó mirando amablemente a su jefe directo en la Central de la CIA.

—Supongo que no me ha hecho abandonar mi cacería de patos para venir aprobar un revólver de nueve tiros, señor.

—No… No, no, desde luego… Era una sugerencia, solamente. Si la he llamado ha sido para encargarle una misión… delicada. Muy delicada.

—Asombroso… —ironizó la divina espía—. Muy asombroso… Yo creía que solo me utilizaba para trabajos vulgares.

—Siempre su sentido del humor… Usted será siempre una jovencita, Brigitte.

—Amén —rio Baby—. Que quiere decir, «así sea». ¿Qué cosa sencillita tengo que hacer esta vez?

—Recoger a alguien en Europa.

—Ajá… ¿A quién?

—¿Le dice algo la palabra «Chispa»?

—¿Chispa? Bueno, es… un pedacito de fuego, una diminuta llamarada… Caramba, una chispa es… una chispa. ¿O no?

—Quizá le daría más importancia si lo dijese en ruso: «Iskra». ¿Le suena el nombre de Iskra?

Los bellísimos ojos azules se entornaron inquisitivamente, con

un mal disimulado destello de interés. De gran interés.

—Iskra… ¿Se está refiriendo al espía ruso?

—Exactamente. Me estoy refiriendo al espía ruso del cual solo se sabe que se hace llamar… o que le llaman, Iskra. Un hombre… muy notable en nuestra profesión, Brigitte.

—¿Notable? —Sonrió secamente la divina—. Supongo que quiere decir que Iskra es el mejor espía con que ha contado Rusia desde hace un montón de años.

—Veinticuatro años, exactamente. Durante todo ese tiempo, Rusia ha tenido en Iskra al mejor hombre para las más difíciles misiones. Podríamos decir que Iskra ha sido uno de los pioneros del espionaje ruso en todo el mundo. En Rusia, en todo el mundo, decir Iskra, es decir «espía perfecto». Iskra no ha fallado jamás. Cuando Rusia ha querido resultados tajantes, le han enviado a él. Durante casi un cuarto de siglo, el agente soviético conocido por el nombre de Iskra, o «Chispa», ha sido el comodín de la baraja del espionaje ruso. Jamás un fallo, jamás un fracaso ni siquiera parcial… No se sabe absolutamente nada de él, excepto su nombre de guerra. Puede ser alto o bajo, gordo o flaco, feo o guapo, rubio o moreno… Lo único que se puede calcular con ciertas probabilidades de éxito es su edad Hace veinticuatro años que está operando; si calculamos que cuando empezó debía de tener una edad mínima de veinte años, ahora debe de tener cuarenta y cuatro. Eso es todo lo que podemos deducir sobre el famoso espía insuperable de la MVD rusa, su mejor hombre de todos los tiempos.

—Muy bien. ¿Qué pasa con ese espía ruso?

—Deberá recogerlo en Europa.

—¿Recogerlo? ¿Yo?

—Usted. ¿No quiere disparar?

Le tendió el revólver recargado a Baby, que lo tomó, y se quedó mirando el blanco, a cien pies de distancia en el tubo de prácticas.

Brigitte Montfort encogió los hombros, alzó el arma, y comenzó a disparar, sin prisas pero tampoco despacio. A los tres segundos de haber efectuado el noveno disparo que agotaba la carga del flamante revólver especial, al fondo del tubo se encendió una luz roja, y míster Cavanagh rio quedamente.

—Espero que alguna vez falle en algo, agente Baby.

—Cuando eso suceda, recuerde que me gustan las rosas rojas en

mi tumba. Los lirios, no. Me producirían tristeza. Las rosas rojas son… alegres, llenas de vida, de vitalidad.

—Para los muertos, todas las flores son iguales.

—Prefiero no pensar en eso. ¿Iskra? ¿Debo recoger a Iskra, el mejor hombre de la MVD?

—Sí.

—No me diga que ha decidido pasarse a nuestro bando.

—Eso dice él.

Brigitte se quedó mirando a Cavanagh, fijamente. Los dos sonreían de un modo especial, duro, irónico, casi maligno. La posibilidad de que un espía de la categoría de Iskra, y por más señas soviético, se pasase a la CIA era, a todas luces, una divertidísima broma.

—¿Lo dice él? ¿A quién se lo ha dicho? ¿A alguno de nuestros agentes de Europa, quizás?

—Nos ha enviado una carta.

—¿Iskra ha enviado una carta a la Central de la CIA? —rio Brigitte, sin poder contenerse.

—Eso ha hecho.

—Fantástico… ¡Realmente fantástico! La imaginación de los espías no tiene límite, por lo que veo. ¿Y a qué se debe tan inesperada decisión del famosísimo Iskra?

—Lo ignoramos. Asegura que tiene algo que entregarnos, y que quiere pasarse a Estados Unidos.

—El hombre más escurridizo de los servicios secretos rusos… Un cuarto de siglo trabajando para Rusia… No se sabe nada sobre él, a excepción de ese apodo: Iskra. Y ahora, de pronto, nada menos que el mejor espía soviético dice que se quiere pasar a USA y que tiene algo que entregarnos… Supongo que no pensará en serio enviarme a Europa, señor. Es una trampa. No sé qué están tramando ahora los rusos, ni en qué puede consistir la trampa… Pero es una trampa clarísima. Quizás estén esperando a la agente Baby. Y si no es así, peor, porque la jugada sería de más alcance, más peligrosa internacionalmente.

—En realidad, Brigitte, es cierto que estamos desconcertados. Pero nos ha parecido que la propuesta de Iskra debe ser atendida…

—Oh, vamos, señor… El agente o los agentes que se acerquen a recoger a Iskra en Europa serán pasados a cuchillo. Los deben de

estar esperando… Y si los conservan vivos será porque hay de por medio algún diabólico plan ruso que ni siquiera podemos imaginar.

—Eso hemos pensado. Y la cuestión es esta: ¿qué está tramando la MVD?

—Nada bueno; pero si…

—Espere, espere… Hay dos vertientes en este asunto. Una de ellas, ciertamente, es la que indica que todo puede ser una trampa de lo más burdo… Una trampa tan burda, que no creemos que Rusia la haya preparado. Y eso nos lleva a la otra vertiente, es decir, a la posibilidad de que, ciertamente, Iskra, por los motivos que sea, ha decidido pasarse a nosotros.

—¿Para qué y por qué?

—No sabemos por qué. Pero sí sabemos para qué: para entregarnos algo.

—¿Qué cosa?

—Eso solo lo sabe él… y Rusia.

—¿Está sugiriendo en serio la posibilidad de que Iskra haya abandonado Rusia con algo útil o beneficioso para Estados Unidos, y que nos lo va a entregar bajo determinadas condiciones?

—Así parece.

—Insisto en que es una trampa.

—Seguramente. Por eso queremos enviarla a usted.

—Muchas gracias —refunfuñó Brigitte.

—He querido decir que enviarla a usted a una trampa, por peligrosa que esta sea, es como querer meter humo en una jaula de pájaros… El humo siempre saldrá de la jaula.

—Me halaga mucho la opinión de la CIA sobre mí, señor. Pero soy de las personas que creen que no se debe abusar de la suerte.

Míster Cavanagh había recargado de nuevo el revólver. Disparó hacia el fondo del tubo de prácticas, pero tampoco en esta ocasión se encendió para él la luz roja. Suspiró decepcionado y se volvió hacia la bellísima espía.

—Está decidido que usted irá a Europa, Brigitte. Si es una trampa, sabemos que escapará de ella. Si no es una trampa… Bueno, será muy interesante tener con nosotros a Iskra, el mejor espía ruso de todos los tiempos, veterano con veinticuatro años de espionaje… Lamento decirle que es una orden de la superioridad del Departamento Central: irá usted a Europa. A Palma de Mallorca,

y…

—¡A Palma de Mallorca! —exclamó Brigitte—. ¡De acuerdo! ¡Iré allá con mucho gusto!

—Celebro que lo tome así —sonrió Cavanagh.

—Ya sabe que siempre estoy al servicio de la CIA —rio la divina espía—. ¿Cómo identificaré o me pondré en contacto con Iskra?

—Pues… En Palma de Mallorca, Iskra la está esperando en el Club Náutico. El día veintisiete, a las dieciocho horas, usted deberá acudir al bar del hotel Club Náutico de Palma de Mallorca, sentarse a la barra y pedir un vodka con agua tónica. Entonces, Iskra se pondrá en contacto con usted.

—Fascinante. ¿Cuándo debo salir?

—Cuanto antes. Su primer destino será Roma. Brigitte se quedó mirando atónita a Cavanagh.

—¿Roma? ¿Qué tengo que hacer en Roma?

—Recoger a Iskra.

—¿A Iskra? Pero acaba de decirme que tengo que recogerlo en Palma de Mallorca…

—Así es. Y también en Roma. Y en Niza.

La más astuta espía internacional de todos los tiempos quedó definitivamente atónita, turulata. Hubo un parpadeo de absoluto desconcierto en los bellísimos ojos azules.

—Perdón, míster Cavanagh… Uno de los dos no está… funcionando bien, me parece. Me dice usted que debo recoger a Iskra en Palma de Mallorca. Luego, que tengo que recoger a Iskra en Roma. Finalmente, que tengo que recoger a Iskra en Niza… ¿He entendido bien?

—Usted siempre lo entiende todo bien, Baby. No me decepcione ahora.

Un relámpago de vivo interés pareció brillar en los ojos de Brigitte Montfort.

Su actitud de amable condescendencia dejó paso a una casi excitación profesional.

—¿Tengo que recoger a ese hombre ruso en tres sitios? —musitó.

—Así es.

—¿En Roma, en Niza, en Palma de Mallorca…?

—Exacto.

—Míster Cavanagh, no me diga que se han recibido tres cartas de Iskra, una de cada lugar mencionado, citando a un agente o varios de la CIA para que lo recojan y lo traigan a Estados Unidos.

—Pues… lo digo, Brigitte. Lo digo.

—Asombroso… ¡Magnífico, maravilloso, genial! —Brigitte se echó a reír de buena gana—. Entonces, sin duda, tenemos a tres Iskra en el aire, no a uno solo.

—Efectivamente.

—Esto es sensacional… ¡Es formidable! Oh, míster Cavanagh, va a tener que perdonarme. Creía que me enviaba usted a una misión sin importancia, casi propia de agentes de segunda categoría… ¡Y ahora resulta que tengo que recoger a tres hombres cada uno de los cuales, en Roma, Niza, en Palma de Mallorca, aseguran ser Iskra, el famosísimo agente secreto soviético!

—Así están las cosas.

—No salgo de mi asombro. ¿Cómo ha sucedido esto?

—En primer lugar, recibimos la carta de Roma. En ella, Iskra decía que se quería pasar a nuestro bando, etcétera, y que tenía algo que sería de gran interés para la CIA. Luego, recibimos la carta de Palma de Mallorca. En ella otro Iskra decía exactamente lo mismo, con la variante de que debería ser recogido en Palma de Mallorca. Finalmente, llegó la carta de Niza, en la cual otro Iskra hacía la misma oferta, y recalcaba que debería ser recogido en Niza. O sea, que tenemos tres hombres esperando en Europa, cada uno de los cuales asegura ser el auténtico espía ruso conocido por el nombre de Iskra. Y los tres están esperando, ser recogidos y traídos a Estados Unidos.

—Por Dios… Es una jugada sensacional… Algo nuevo, increíble. Tres hombres aseguran ser Iskra, los tres esperando en lugares diferentes… ¿Cuál es el alcance de la jugada?

—Usted tendrá que descubrirlo, Brigitte.

—Claro… Claro, entendido… ¡Desde luego, no pienso perderme esta jugada de espionaje de altos vuelos! Es como… como si los rusos recibieran la noticia de que tres agentes Baby, no una sola, querían pasarse a la MVD. Solo existe una agente Baby, solo existe un agente llamado Iskra… ¿Quiénes son los otros dos? ¿Qué se propone la MVD con esta jugada? ¿Qué pueden… pretender?

—Le aseguro que en el Consejo de Probabilidades no han

hallado ninguna respuesta a esas preguntas. Confían en usted para obtener una sola respuesta. Se conformarán con una sola, Brigitte.

—La tendrán —sonrió dulcemente Baby—. Tendrán esa respuesta, señor.

—Lo sé —casi rio Cavanagh.

—Bien… Sé ya que tengo que encontrarme el día veintisiete en el bar del hotel Club Náutico de Palma de Mallorca con un Iskra, y pedir allá vodka con agua tónica. ¿Y los otros dos?

—El que espera en Roma, indica en su carta que él o los agentes de la CIA enviados allá deberán alojarse en el Albergo Colombo, Via Baccina, treinta y ocho. Pedirán el cuarto siete y esperarán el contacto. En Niza, nuestro enviado deberá pasear, al mediodía, por los Jardines de Alberto I, y se acercará a la Fuente de los Tritones, llevando en la mano izquierda un número de la revista *Life*, enrollado de tal modo que se vea claramente la palabra *Life*.

—Entiendo. ¿Debo acudir primero a la cita de Roma?

—Es lo más conveniente. Así se aprovecha el tiempo mientras espera usted el día veintisiete, en que tendrá que estar ya en Palma de Mallorca, resueltos los problemas con los dos anteriores Iskra.

—Mmm… Por supuesto, solo existe un Iskra, de modo que me pregunto: ¿qué hago con los otros dos?

—La pregunta podría hacerse de otro modo —sonrió astutamente Cavanagh—: ¿es realmente el agente ruso Iskra alguno de esos tres hombres?

—Claro… Quizás Iskra no sea ninguno de ellos. Desde luego, no pueden serlo los tres. Y lo más probable es que ninguno de ellos sea el verdadero Iskra. Debo admitir, honradamente, que no alcanzo a sospechar siquiera el alcance de esta trampa soviética.

—Lamento no poder ayudarla. Como compensación, usted va a gozar de absoluta libertad de acción y decisión…, cosa que ya hace siempre que le viene en gana. En realidad, todo lo que queremos son… resultados. Resultados claros y tajantes, como los que siempre ofrece a la CIA la agente Baby.

—Soy formidable, ¿no es cierto? —rio Brigitte.

—Sería una estupidez negarlo —asintió Cavanagh, sonriendo—. La impresión general en la CIA es que Rusia está jugando un farol con ese trío de espías, Brigitte. Ni remotamente se nos ocurre el alcance de esa jugada. Puede ser simple, puede ser maquiavélica…

Usted tendrá que saberlo. Y sí es necesario… utilice esa maravillosa puntería que ha demostrado poseer hace unos minutos.

—Entiendo.

—Pero, sobre todo, escape. Si es una trampa cerrada, si intuye el más remoto peligro personal, abandone la partida. No queremos perderla en una jugada que ignoramos.

—Muy amables… Pero veamos primero qué se propone la MVD con esos tres hombres que aseguran ser Iskra. Probablemente, mienten los tres. Con seguridad, mienten dos. De un modo u otro, tenemos que la MVD se ha lanzado al «farol» con un trío de espías. Es poco.

—¿Poco? No comprendo…

—Un trío es poco para jugar al espionaje. Por lo menos, se ha de tener póker, para lanzarse con fuerza a la pelea. Y se me ocurre que para formar un póker de espías son necesarios cuatro espías… ¿No está de acuerdo, señor?

—Por supuesto. Pero lo cierto es que Rusia solo ha puesto en juego un trío…

—No importa. Estados Unidos pondrá la cuarta carta, para formar el póker de espías. Iskra de Roma, Iskra de Niza, Iskra de Palma de Mallorca… y Baby de Estados Unidos. Póker de espías. Lo más lamentable es que cuando la partida termine… ya no habrá póker. Alguien no llegará al final. Y le aseguro que no pienso ser yo quien se quede en el camino… ¿Cuándo sale mi avión para Roma…?

Capítulo II

Al aeropuerto de Fiumicino llegó una bella jovencita en cuyo pasaporte rezaba el nombre de Marina Lucientes Valdés, de nacionalidad mejicana, procedente de Nassau, en las islas Bahamas. La bella muchacha de grandes ojos negros pasó sin novedad los trámites aduanales, ya que su pasaporte falso era tan perfecto que los servicios italianos de admisión no tuvieron la menor sospecha. De ninguna manera se les podía ocurrir que ante ellos pasaba la agente más astuta del espionaje internacional: Baby.

De Fiumicino, un taxi la llevó a Roma, con su única maleta y su precioso maletín rojo con florecillas azules estampadas. Y una vez en Roma, fue llevada al Albergo Colombo, sito en Via Baccina, 38. Allá, el taxi se despidió. Un botones se hizo cargo de la maleta de tan peligrosa viajera, mientras esta, maletín en mano, se dirigía a la recepción… El conserje desorbitó un instante los ojos, ante aquella aparición deslumbrante, pero recuperó pronto su corrección profesional, y acogió a la viajera con una cortés sonrisa y un saludo.

—*Buona sera, signorina.*

La señorita Lucientes Valdés se quedó mirando desconcertada al hombre.

Luego, sonrió tímidamente.

—Buenas tardes —dijo.

—*Oh… Non capisca italiano?*

—¿Cómo?

—¿Española?

—No… Mejicana.

—Entonces, no hay problema, señorita. En este hotel, muchos hablamos el español.

—Gracias a Dios —suspiró la muchacha—. Me han dicho que el italiano y el español son muy parecidos, pero…

—Lo aprenderá pronto —sonrió el hombre, que, por supuesto,

no podía saber que aquella preciosa damita sabía el italiano tan bien como el ruso, el francés, el alemán, el español, el inglés, y últimamente estaba perfeccionando rápidamente su portugués—. ¿Desea un cuarto?

—Sí… Sí, por favor. El siete.

—¿Precisamente el siete?

—Precisamente el siete…, si es posible.

—Temo que no, señorita. Sin embargo, supongo que usted es la persona que ha de recibir el paquete que dejaron aquí hace tres días.

—Así es —musitó Brigitte—. ¿Quién lo dejó?

—Fue traído por un botones de un bar, que lo dejó con el encargo de que deberíamos entregarlo a la persona que llegase solicitando el cuarto siete. Se lo entregaré ahora mismo.

Sacó una caja metálica de debajo del mostrador. De ella, un paquete del tamaño de un paquete de cigarrillos corriente. Estaba envuelto en papel blanco, y en una de las caras se veía el número 7. Eso era todo. Brigitte le dio un par de vueltas entre sus manitas, antes de preguntar:

—¿De qué bar era ese botones?

—Lo ignoramos… ¿Le parece bien el cuarto doce?

—Sí. Sí, está bien… Oh, mi pasaporte.

—Se lo enviaré enseguida. Giovanni —chascó dos dedos hacia el turulato botones—: acompaña a la señorita al doce.

Le tendió la llave, y el botones se hizo cargo de ella. El conserje se quedó con el pasaporte, y Brigitte siguió al botones, escalera arriba de aquel pequeño hotel que ni siquiera tenía ascensor. No valía la pena, sin duda, en un edificio de tres pisos. Al menos, así debía de opinar la gerencia.

Cuando estaba a mitad del primer tramo, la espía internacional volvió a medias la cabeza, para fijar sus falsos ojos negros en el hombre que había sentado en un sillón del vestíbulo, como metido detrás de un periódico… Y todavía llegó a tiempo de verle esconder rápidamente la cabeza.

Sonriendo fríamente, Brigitte continuó detrás del botones, hasta el segundo piso. Allá, el muchacho abrió la puerta del cuarto doce, y dejó pasar a la bellísima cliente. Luego entró él, dejó la maleta sobre la cama, descorrió las cortinas y se quedó mirando expectante

a la espía.

—¿No hablas español? —Sonrió ella.

—*Io non capisco, signorina.*

—Creí que muchos de aquí hablabais español… Bien, no tiene importancia: esto sí lo «capiscarás».

Le tendió un billete que hizo sonreír al muchacho. Segundos después, Brigitte quedaba sola en el cuarto doce. Y lo primero que hizo, naturalmente, fue examinarlo detenidamente. Era muy poco probable que a ella se le escapase cualquier detalle, de modo que, tras casi diez minutos de minuciosa investigación, se convenció de que no había allí trampa de ninguna clase: ni micrófonos, ni bombas o artefactos parecidos, ni cámaras ocultas… Nada. Todo normal, todo tranquilo. Lo cual, teniendo en cuenta que, prácticamente, se había metido por su voluntad en la boca del lobo, resultaba sorprendente. A fin de cuentas, estaba aceptando el sistema de contacto del más astuto espía soviético habido en un cuarto de siglo.

Lo último que examinó fue el teléfono. Pero tampoco allí había derivación alguna. Desenroscó las tapas del auricular y del micrófono, y hurgó graciosamente con un dedito, buscando allí la posible presencia de uno de esos micrófonos pequeños como garbanzos, que pueden ser colocados en cualquier sitio.

Acabó por encoger los hombros y decidir que un baño tibio sería muy conveniente para reponerse del viaje. Luego, una ducha fría, un cigarrillo, y… *voilà!, Baby* estaría dispuesta para cualquier evento.

* * *

Acabó de envolverse en la toalla, como una deliciosa hawaiana, encendió el cigarrillo, se sentó en el sillón y desenvolvió el paquete que le había entregado el conserje. En efecto: tal como había imaginado, tenía en las manos una pequeña radio de bolsillo, de fabricación rusa, si ella entendía algo de aquellas cosas.

La accionó, efectuando la llamada que, sin duda, alguien estaba esperando.

Al instante brotó una voz del aparato, apenas susurrada:

—Diga.

—Es usted quien debe decir, señor —musitó Baby—. Pedí el cuarto número siete, pero, según parece, está ocupado. Estoy en el doce. Del Albergo Colombo, naturalmente, como lo demuestra el hecho de que tenga la radio que usted envió.

—¿Quién es usted? —preguntaron, ahora en ruso.

—Un enlace de la CIA, dispuesta a escuchar su proposición.

—No se me ocurrió que enviasen a una mujer…

—¿Qué más da? Conozco mi trabajo, hablo ruso, estoy donde usted ha querido que estuviese… Son factores suficientes para que usted confíe en mí, ¿no cree, señor… Iskra?

—No he dicho que yo sea Iskra.

—Oh… ¿Pero lo es?

—Quizás.

—¿Quizás? Escuche esto atentamente, señor, sea quien sea usted: la propuesta de Iskra es clara y terminante, y yo estoy aquí, posiblemente arriesgando mi vida, con el exclusivo objeto de llevar a Iskra a un lugar desde el cual será trasladado, a Yanquilandia. Ahora bien: yo admito cualquier riesgo, pero jamás, jamás, los intermediarios. De modo que si no es usted Iskra, está perdiendo el tiempo.

—Soy Iskra.

—Empezamos a entendernos. ¿Puede usted hablar con libertad, no puede oírle nadie?

—No. Nadie puede oírme.

—Magnífico. Entonces, dígame, en primer lugar, cuáles son los motivos por los que usted ha desertado de la MVD y quiere pasarse a Estados Unidos.

—Son motivos personales que por supuesto explicaré a su debido tiempo… ¿Quién es usted?

—Marina Lucientes, mejicana. ¿Satisfecho?

—No.

—Yo tampoco lo estoy con su anterior respuesta, Iskra. Pero lo pasaremos por alto. Otra pregunta: ¿qué tiene usted que tanto puede interesar a la CIA?

—Un microfilme.

—¿Un mic…? Oh, vamos, vamos, Iskra…

—Es altamente interesante.

—¿De veras? En mi opinión, todo esto de los microfilmes ya ha

pasado de moda. Hoy día, hasta los niños juegan con microfilmes.

—Pero el contenido del mío no es cosa de niños.

—Mmm… De acuerdo. Pero que quede esto bien claro: antes de colocarle a usted en órbita hacia Yanquilandia, yo tendré que ver ese microfilme…

—No lo entenderá.

—Eso ya lo veremos. Lo irrevocable es que quiero verlo, examinarlo detenidamente. Y con procedimientos especiales. Hoy día, incluso en microfotografías se pueden conseguir trucos sorprendentes… ¿Dónde y cuándo nos vemos?

—¿Está todo listo para mi partida?

—Yo me encargo de eso, no se preocupe. Sin embargo, debo decirle que estoy muy sorprendida ante el hecho de que nada menos que el famosísimo Iskra, con veinticinco años de espionaje activo, no sea capaz de abandonar Europa por sus propios medios. ¿Cómo es posible eso?

—Se sorprendería si supiera la cantidad de hombres de la MVD que están vigilando todas las salidas de Europa. Ha habido una movilización general, en todo el continente. Espero que sus medios de salida sean infalibles, señorita Lucientes.

—Le recuerdo que yo solo soy un enlace que lo pondré en órbita hacia Yanquilandia, señor Iskra. También quiero recordarle que tengo una pistola y otros… medios de solventar dificultades. Supongo que usted ha imaginado la gran sorpresa que su carta ha causado en la Central de la CIA. A decir verdad, nuestra desconfianza es casi total. Su pase a Occidente es como… como si nuestra agente Baby decidiese de pronto trabajar para Rusia.

—¿Interviene la agente Baby en esto?

—Es posible.

—Me gustaría tanto conocerla… La admiro profundamente, como colega de primerísima categoría. ¿Quizás es usted…?

—Quizá sea yo. Quizás. Pero las probabilidades de que la CIA movilice a Baby para esto son… muy escasas, Iskra. ¿Habría movilizado la MVD a Iskra en un caso semejante?

—Creo que no. Pero la CIA puede pensar de otro modo.

—Sin duda. En definitiva, lo que interesa no es quién sea yo, sino quién es usted. ¿Cuál es su nombre verdadero?

—¿Está bromeando? —Se oyó la seca risa del ruso—. Eso no lo

sabe nadie, excepto unos pocos jefes de la MVD. Tampoco nadie sabe cómo soy. Ocurre conmigo igual que con la agente Baby: quien logra verme lo bastante bien para identificarme más adelante, no vive lo suficiente para ello. Es una norma de… seguridad personal.

—Con la cual estoy de acuerdo. Muy bien, esta charla ha durado ya bastante, Iskra. ¿Dónde y cuándo nos vemos?

—Eso ha de decidirlo usted. Lo único que yo quiero es salir volando de Europa. Y al decir volando, quiero decir a toda prisa…, pero sin riesgos.

—Atienda, Iskra: usted mismo acaba de decir que nadie le conoce. Entonces, ¿cómo es posible que usted no pueda abandonar Europa por sí mismo?

—Podría intentarlo. Pero temo que se hayan repartido fotografías mías, en estas circunstancias.

—Oh, claro… Entiendo, entiendo… Bueno, son las… seis y cuarto.

¿Qué le parece si nos vemos después de cenar, hacia las nueve, en los Jardines de Gianicolo? Junto a la estatua de Garibaldi. ¿Bien?

—¿Cómo la identificaré?

—Soy morena, ojos negros, muy bonita… Aparento unos veintidós o veintitrés años. Pero por si estos detalles no le bastan, llevaré una flor prendida en el pecho; sobre el seno derecho, precisamente.

—¿Qué clase de flor?

—Pues aún no lo sé. Cualquier flor, la que encuentre. La oleré o acariciaré de cuando en cuando, mientras esté paseando.

—Está bien.

—A las nueve, Iskra.

—Sí, sí, de acuerdo… Espero que usted sepa bien lo que está haciendo, señorita Lucientes.

—Yo siempre sé lo que hago. Hasta luego.

Cerró la radio, Sacó la suya propia del maletín y la accionó tras unos segundos de reflexión.

—¿Simón?

—A sus pies, Baby.

—¿Todo preparado?

—Todo. ¿Ya ha hecho contacto con Iskra?

—Así es.

—Asombroso. ¿Cómo, de qué manera?

—Me dejó una radio en el hotel. Le he llamado, hemos charlado, y nos hemos puesto de acuerdo para recogerlo Espero que recuerde usted todas las instrucciones mías que le pasaron desde Washington.

—No se preocupe, Todo está listo, perfecto. Nada fallará.

—Está bien. Voy a salir del Albergo Colombo dentro de quince minutos exactamente. Eso es todo, por ahora.

Capítulo III

El taxi la dejó en Vía Flaminia, muy cerca de Piazza dei Porolo. Había alli un típico y bonito restaurante, donde la espía internacional encargó una cena ligera, si bien rociada con vino rojo italiano.

Estuvo allí, cenando tranquilamente hasta las ocho y cuarto. Tenía todo el aspecto de la turista maravillada de tantas cosas nuevas para ella. Con sus ojazos negros, su sonrisa tímida, sus impecables modales, se metió en el bolsillo al camarero encargado de servirla, mientras sus ccmpañeros, cuando se cruzaban con él, hacían comentarios con gran aparato de gestos, y guiñando mucho los ojos. Pero, realmente, estas cosas no interesaban ni poco ni mucho a Baby Montfort.

Lo que sí le interesaba era la presencia en aquel mismo restaurante del hombre que, en el Albergo Colombo, había estado sentado en un sillón del vestíbulo, escondiéndose tras un periódico. El hombre había salido del hotel tras ella, había tomado otro taxi…, y allá estaba, terminando también su cena, sin mirarla. Es decir, solo miraba hacia ella cuando creía que ella no se daba cuenta.

Error. Error grande, porque la agente Baby se estaba dando cuenta de todo. El hombre era moreno, algo gordito, y tenía ciertas características de gitano, pese a su corrección en el vestir, sin un solo detalle discordante. Pero el color de su piel, los grandes ojos oscuros, los cabellos brillantes, le sugerían a Brigitte los detalles físicos de los gitanos europeos.

A las ocho y cuarto, Brigitte Montfort pidió la cuenta, pagó, se puso en pie y se dirigió a la salida, dejando tras ella al desolado camarero, inclinando la cabeza…, mientras el tipo que parecía gitano pagaba apresuradamente su cuenta y salía en pos de la espía.

Esta apareció en la calle tranquilamente, mirando hacia ambos lados. Un taxi se adelantó hacia el restaurante, y ella alzó una

mano, llamándole. El tipo que había cenado cerca de ella se colocó de pronto a su lado, y dijo, en italiano:

—Subiré con usted a ese taxi.

Brigitte pareció sobresaltarse, y miró al hombre como si temiera hallarse junto a un loco.

—Se está confundiendo, señor —replicó también en italiano—. Yo no le conozco, ni deseo…

—Tengo una pistola en el bolsillo.

—¿Una…? Oh, Dios mío…

—Vamos, no se haga la tonta. Usted va ahora a reunirse con Iskra, así que iremos juntos.

—Pero yo no…

El taxi se había detenido delante de ellos, y el hombre señaló su interior, tras abrir la portezuela.

—Es mejor que entre y permanezca callada. Sin embargo, si tiene algo que decir, dígalo en inglés. Al taxista no le interesan nuestros asuntos. Y tranquila en todo momento.

Brigitte entró en el taxi como quien se resigna a los caprichos de un loco. El gitano lo hizo tras ella, y la miró fijamente.

—Dígale adónde vamos —musitó en inglés.

—Yo… pensaba retirarme a mi hotel…

—No, no… Sabemos muy bien que va ahora a entrevistarse con Iskra. Por tanto, dele al chófer la dirección exacta, Mire, será mejor que no compliquemos las cosas. De un modo u otro, pensamos encontrar a Iskra, y si usted no colabora, morirá muy pronto. Espero que lo entienda.

Baby se pasó la lengua por los labios y asintió con la cabeza. Parecía terriblemente asustada.

—Jardines de Gianicolo —indicó al taxista.

—Va bene, signorina. Súbito!

El taxi se apartó de la acera, dio la vuelta, regresó hacia Piazza dei Popolo, se desvió por la arcada de la derecha y enfiló el puente de R. Margherita, cruzando el Tíber hacia Via Cola di Rienzo.

—¿Quién es usted? —preguntó Brigitte de pronto.

—Un enemigo de Iskra. ¿Usted es americana?

—No. Mejicana…

—No diga tonterías. Ya me sé ese cuento de Marina Lucientes Valdés, y que no «capisca» italiano. Todo mentiras. Sabemos que

Iskra ha escapado de Rusia. La noticia ha dado mil vueltas en toda Europa. Y por primera vez nuestros amigos de Moscú han conseguido enviar algo de información concreta sobre Iskra. Parte de esa información indicaba su predilección por el Albergo Colombo, donde, según parece, se había alojado no pocas veces, preferentemente en el cuarto siete.

—Los felicito —sonrió Baby.

—¿Nos felicita?

—Por supuesto. Durante veinticinco años, Iskra ha estado moviéndose libre como un fantasma por toda Europa, sin que jamás nadie lograra ni siquiera verlo. De pronto, los amigos de usted en Moscú se enteran de que Iskra bien podría estar en Roma, cuarto siete del Albergo Colombo. Buen trabajo, ¿verdad?

—Ya sabemos que los rusos han dejado filtrar todas esas informaciones con respecto a Iskra a propósito. Se dice que Iskra piensa dirigirse a Estados Unidos, y los rusos han pensado que podían recibir ayuda de muchos espías de otros países si dejaban pasar información sobre Iskra.

—¿Con qué objeto han dejado filtrarse toda esa información?

—Con el objeto de que si la MVD no consigue encontrarlo y eliminarlo, lo hagamos nosotros, u otros agentes secretos que tenemos mucho que… reprocharle a Iskra.

—Entiendo. Según usted, la MVD, puesto que su gran Iskra los ha abandonado, lo ha delatado, a fin de que, unos u otros, lo maten, impidiéndole llegar a Estados Unidos. Y gracias a eso, usted y sus amigos han dado conmigo, y esperan que ahora les lleve junto a Iskra.

—De donde se desprende que usted es agente de la CIA, y que ha venido a Roma para ayudar a Iskra a llegar a Estados Unidos.

—Perfecto. ¿Qué pasará conmigo, una vez lleguemos adonde me está esperando Iskra?

—No tenemos nada contra usted. Si cumple su parte, podrá regresar a su país sana y salva.

—¿De veras? —Sonrió cínicamente Baby.

—Puede creerlo o no. Pero le aseguro que solo queremos a Iskra.
Brigitte se volvió en el asiento, para mirar por el cristal zaguero del taxi. Vio el otro coche, que rodaba muy cerca de ellos. Un hombre al volante, y, si su vista no la engañaba; dos más, en el asiento de

atrás.

—¿Van sus amigos en ese coche?

—Es posible. ¿Dónde tiene que encontrarse con Iskra?

—Junto a la estatua de Garibaldi. Bien…, no se puede negar que ustedes han tenido suerte, señor. Vienen a Roma, esperan a Iskra, aparezco yo… y ya lo tienen todo hecho.

—No ha sido tan fácil. Hay muchos agentes más en toda Europa, vigilando el posible paso de Iskra. Simplemente, a mí y a mis compañeros nos ha tocado la suerte de encontrarlo. Seremos los más afortunados, los que, finalmente, habrán terminado con el maldito Iskra.

—Habla usted como si le odiase profundamente.

—Le odiamos profundamente, en efecto. Y no somos los únicos en Europa. Puede estar segura de que varios servicios secretos pagarían con gusto cualquier precio por llevar a su país la cabeza de Iskra.

—Y… ¿cuál es su país, señor?

—No le importa.

—Oh.

—Pronto llegaremos a los Jardines de Gianicolo… ¿Cómo va a producirse el contacto entre usted e Iskra?

—Yo pasearé cerca de la estatua de Garibaldi, acariciando esta flor que llevo en el pecho. Él se me acercará entonces.

—¿Está segura de que es Iskra el hombre que acudirá a usted?

—Estoy todo lo segura que podemos estar quienes jamás lo hemos visto. ¿Quizá le conoce usted?

—No.

—¿Entonces…?

—Le diré lo que vamos a hacer, señorita Lucientes…, o como se llame. Usted se va a apear del taxi antes que yo, y se dirigirá hacia la estatua de Garibaldi. Hará lo convenido para que Iskra se acerque a usted. Y cuando le tenga a un par de pasos, tírese al suelo. Es el único modo de salvar la vida. ¿Lo ha comprendido?

—Son ustedes muy generosos conmigo —susurró Baby—. No es corriente perdonar la vida a los espías enemigos…

—Usted no es enemiga nuestra. Pero lo consideraremos así si no cumple su parte. Regrese a América, diga que le han quitado a Iskra de las manos, y ya está.

—Gracias… De veras gracias, señor. Pero… ¿qué ocurrirá si Iskra no se acerca a mí, si no se presenta…?

El tipo que parecía un gitano miró fijamente a la espía internacional.

—Será mejor que él se presente, señorita Lucientes.

—Entiendo. Pero yo no tengo la culpa si…

—Estamos llegando a los Jardines de Gianicolo. Ahora, usted se apeará, en cuanto detenga yo el taxi. Irá al lugar de la cita con Iskra.

Y recuerde: tírese al suelo cuando lo tenga a dos pasos. Va su vida en ello.

—Lo tendré en cuenta. ¿Me apeo ya?

—Sí. —El gitano alzó la voz y habló en italiano—: Pare aquí, por favor.

El taxi se detuvo, muy cerca de una de las entradas a los jardines, y el taxista se volvió, mirando sonriente a Brigitte, que asintió con la cabeza. En el acto, la mano derecha del taxista apareció por encima del asiento, mostrando una imponente pistola con silenciador, que apuntó al pecho del sorprendido gitano.

—Así son las cosas —sonrió Brigitte—. Usted tiene una pistola en el bolsillo, y mi amigo la tiene ya en la mano.

—¿Lo mato? —preguntó el taxista.

—No, Simón. Aunque se lo merece, por tonto. ¿Cómo es posible que no se diese cuenta de que el taxi y el taxista eran los mismos que me recogieron a la salida del hotel para llevarme al restaurante?

—Hay espías que no valen nada. Gente del montón. ¿Qué vamos s hacer con él?

Brigitte volvió a sonreír y miró al gitano, que había palidecido ligeramente y parecía petrificado. De pronto, y sin perder la sonrisa, la espía lanzó su manita derecha hacia la garganta del desconocido y muy deficiente agente secreto. Este intentó parar el golpe, pero ya era demasiado tarde. Se oyó el seco chasquido, inmediatamente el profundo ronquido del hombre, y este quedó desvanecido en el asiento, con la cabeza colgando hacia un lado.

—Buen golpe —aprobó Simón—. El auto que nos seguía se ha detenido a poca distancia.

—Tendrán que esperar un poco.

Brigitte registró rápida y hábilmente al hombre desvanecido. En su billetera tenía lo que necesitaba para saber a qué atenerse.

—¿Quién es? —preguntó Simón.

—Se llama Ferenc Kzorvac. Es húngaro.

—Oh… Según parece, Iskra no debió de portarse muy bien con los húngaros hace doce años, cuando la revuelta. Y la MVD, que durante ese tiempo ha preservado muy bien a Iskra de las iras húngaras, ahora lo ha delatado, a fin de que los húngaros colaborasen en su eliminación. Buena jugada.

—Sí… Y también habrán hecho las cosas de modo que los alemanes sepan cosas sobre Iskra, para que lo busquen… Una gran jugada de la MVD, que ha lanzado a todos los servicios secretos de Europa detrás de Iskra.

—El cual, según parece, no es precisamente una buena persona.

—No… Pero todo esto, Simón, parece indicar que la huida de Iskra es auténtica, real. Es decir, que debemos… o deberíamos convencernos de que, en efecto, Iskra se pasa a Occidente, con una valiosa información.

—Supongamos que admitimos eso. Ahora pregunto: ¿cuál de los tres es el auténtico Iskra? ¿El de Roma? ¿El de Niza? ¿El de Palma de Mallorca?

—No lo sé. Pero lo sabré. De momento, seguiremos jugando al modo en que la partida obliga. Oh, no debo hacer esperar más a los amigos de Ferenc Kzorvac… Iré a notificarles que Ferenc se encuentra… indispuesto.

—¿Está loca? Si va allá…

Pero Brigitte Montfort, alias Baby, ya se había apeado, y se dirigía, con su gracioso pasito de muñeca, hacia el otro coche, directamente, sin disimulos de ninguna clase, con su bolsito colgando del brazo izquierdo, la flor sobre el seno derecho…

Alzó las manitas en son de paz y rendición cuando estuvo solamente a quince pies del otro coche, a cuyo volante el asombrado conductor esperaba el final de la sorprendente actitud de la espía. Tras él, tensos, los otros dos húngaros que no habían olvidado las hazañas de Iskra durante la revuelta húngara de mil novecientos cincuenta y seis.

Brigitte sabía muy bien que tres pistolas la estaban poco menos que apuntando desde que había salido del taxi, pero no se inmutó

en absoluto. Y justo cuando estaba apenas a tres pasos del coche, movió con fuerza su manita derecha, lanzando hacia la abierta ventanilla un objeto pequeño, redondo, brillante. Al mismo tiempo, ella saltaba hacia delante, con su agilidad de gatita, cayendo justamente debajo del coche.

La portezuela del conductor se abrió de golpe, pero el hombre ni siquiera llegó a poner un pie en el suelo. De pronto, cayó de bruces sobre el volante, simultáneamente con sus compañeros del asiento de atrás, que se deslizaron hacia el piso del coche, blandamente, sin un suspiro, como súbitamente muertos.

Quince segundos más tarde, Brigitte Montfort, todavía tapándose la naricita con un pañuelo, se ponía en pie junto al coche. Guardó el pañuelo y miró sonriente a los tres húngaros.

—Han enviado gorriones a cazar un gavilán —suspiró—. Muchachos, habéis tenido suerte de tropezar conmigo antes que con Iskra.

Sacó al conductor de su asiento y lo metió en la parte de atrás. Luego, se puso al volante, y llevó el coche junto al taxi, donde Simón, entre sonriente y enfurruñado, esperaba pistola en mano.

—¿Debo felicitarla? —Gruñó.

—Si acaso, por perdonar cuatro vidas, Simón. Lo demás no ha tenido la menor importancia, son cosas que hago con frecuencia y sin esfuerzo ninguno. ¿Quiere colocar a Ferenc con sus amigos, en este coche?

—¿Qué haremos con ellos?

—Lo pensaré —miró su relojito—. Iskra no tardará en llegar junto a la estatua de Garibaldi. De prisa, Simón.

Mientras Simón pasaba al primer húngaro con sus tres compañeros, Brigitte sacó otra ampollita del bolso, ya que Ferenc Kzorvac podía despertar mucho antes de las tres horas de sueño que tenían por delante sus amigos. Con la ampolla, los cuatro quedaron en brazos de Morfeo por lo menos hasta medianoche.

—Espere aquí, Simón. Iskra llegará dentro de poco. Llévelo donde usted sabe. Yo iré detrás, con este coche.

—Bien.

Todavía llevó Brigitte el coche de los húngaros hacia un lugar más apartado. Se apeó, se colocó la pistolita de cachas de madreperla en la palma de la mano izquierda, y penetró en los

jardines, directa hacia la estatua de Garibaldi.

Ni por un momento pasó por alto la posibilidad de que aquello fuese una trampa de imprevisibles alcances para la CIA o para ella misma. Pero si era una trampa, una cosa aprenderían, de una vez por todas en la MVD: no importunar a la agente Baby.

* * *

Y, sin embargo, no era una trampa. Por lo menos, no lo era en aquel momento, en los Jardines de Gianicolo.

Apenas hacía diez segundos que Brigitte paseaba como distraída cerca de la estatua del jinete, cuando un hombre apareció por detrás de uno de los árboles que crecían en el césped. Un hombre de mediana estatura, casi fornido, ancho de hombros… Las luces se reflejaron en un par de ocasiones en sus lentes, mientras caminaba hacia Brigitte, que lo esperó vuelta hacia él, inmóvil, valorando con el ceño fruncido la personalidad de aquel famosísimo agente soviético.

Por fin, sin que todavía Brigitte hubiese tomado una decisión definitiva sobre él, aquel hombre se plantó ante ella, mirándola fijamente. Tenía la boca como un tajo finísimo en la robusta mandíbula, los ojos alargados y estrechos, casi mongólicos; abundante cabellera, espesa, con muchas canas. No debía de tener menos de cincuenta años. Su porte, su actitud fría y alerta, era la de un tigre desconfiado, pero demasiado seguro de sí mismo para demostrarlo.

—¿Señorita Lucientes?

—¿Iskra?

—Si lo tiene todo dispuesto, saldremos de Roma. ¿Hacia dónde?

—Uno de mis compañeros lo está esperando en un taxi. Él lo dejará en el lugar conveniente.

—¿Qué lugar?

—Un lugar. Eso es todo.

—Está bien. ¿El taxi?

—¿Me ha visto usted llegar?

—La he visto.

—Entonces, siga mi camino, a la inversa. Suba al taxi que verá esperando, con las luces de situación encendidas. No es necesario

que diga nada, Iskra. Simplemente, suba al taxi.

—De acuerdo.

El espía soviético se alejó de la espía americana, siguiendo a la inversa el camino de esta. Brigitte lo estuvo siguiendo, hasta que lo vio entrar en el coche a cuyo volante aguardaba Simón. Ella subió al coche de los húngaros, los cuales continuarían durmiendo durante las tres horas que duraban los efectos del gas que había contenido las ampollas de cristal finísimo.

Cuando hubo puesto el coche en marcha, lanzó un par de ráfagas con las luces. En el acto, el taxi se puso en movimiento… Y el coche conducido por la espía internacional partió en su seguimiento.

Salieron de Roma por el noroeste, tomando la carretera que, en primer lugar, llevaba a La Storta. Y media milla antes de llegar a esta localidad, el taxi se salió de la carretera, tomando un pésimo camino de tierra que puso a prueba los amortiguadores de ambos coches. Finalmente, hacia las diez de la noche, tras una marcha lenta y cómoda, el taxi se detenía entre un espeso grupo de pinos. Y apenas a cinco yardas se detenía el coche en el cual había viajado Brigitte.

Esta se apeó rápidamente, fue hasta el taxi y abrió la portezuela de atrás.

—Salga, Iskra.

El ruso salió, y quedó en pie ante la norteamericana, entornando los ojos. No parecía tener ni pizca de miedo, pero quizá se le notaba un tanto inquieto, nervioso, impaciente.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó.

—El microfilme —tendió Brigitte una mano.

—No pienso entregar el microfilme hasta que…

La pequeña pistola de Baby se colocó ante los lentes del espía ruso.

—El microfilme —exigió, con tono glacial.

El ceño de Iskra se frunció con evidente disgusto, pero acabó por encoger los hombros. Se quitó un zapato, movió el tacón, y del hueco sacó una pequeña cápsula de acero, que mostró en la palma izquierda. Brigitte la cogió, sujetándola entre los deditos índice y pulgar. No era más grande que un guisante.

—Simón —dijo—, vea que Iskra quede completamente

desarmado. Yo tengo que examinar esto. ¿Tiene algo que oponer, Iskra?

—No.

Brigitte asintió con la cabeza y entró en el taxi. Alzó el asiento de atrás y sacó de allí su maletín. Del maletín, un pequeño visor luminoso, a pilas solares. En menos de un minuto, un extremo del microfilme extraído de la cápsula de acero roscada en dos mitades penetraba por la rendija del proyector. En un lado de este había una pequeña pantalla, de dos pulgadas de ancho y una y media de alto. En esa pantalla apareció, con sorprendente nitidez, dado su reducido tamaño, el mapa dcl continente europeo, surcado por finísimas líneas rojas y marcado por más de cincuenta puntos azules, en lugares como París, Madrid, Lisboa, Roma, Viena, Londres, Berlín, Atenas, Praga… Las más importantes ciudades europeas estaban señaladas allí con puntitos azules. Y todas ellas unidas por aquellas líneas rojas.

Un suave tironcito del microfilme colocó en la pantallita la siguiente microfoto. También era de Europa. Solo que ahora había pequeños y clarísimos dibujos de sistemas de radar y proyectiles teledirigidos, cuya punta parecía querer perforar las ciudades señaladas con puntos azules en el anterior mapa. El siguiente plano, la siguiente microfoto, mostraba de nuevo Europa. Ahora había más de cien puntitos azules, y estaba atestado de líneas rojas que los unía entre sí.

Luego aparecieron los mapas de todo el continente americano, de Asia, de África, de Australia, de grupos importantes de islas en el Pacífico, en el Índico, en el Atlántico, mar del Japón, de la China… En realidad, todas las partes del mundo estaban allí, en aquellas cincuenta microfotos. Y en cada plano se veían o bien líneas rojas y puntos azules, o bien sistemas de radar, proyectiles teledirigidos…

El examen de todo aquello le llevó a la agente Baby algo más de media hora. Finalizada esta, enrolló el pequeño microfilme, lo metió de nuevo en su cápsula de acero, guardó el visor a pilas en el maletín y salió del coche.

Muy cerca de ella, en pie, estaba Simón, pistola en mano, sin perder de vista a Iskra, el cual se había sentado en el asiento del conductor del taxi, dejando la puerta abierta, y se dedicaba a fumar plácidamente, a la espera de la decisión de la espía internacional.

—Corríjame si me equivoco —musitó ella—. Estos planos microfotografiados señalan las posiciones de caída de los nuevos proyectiles rusos dirigidos ahora hacia ciudades, no hacia objetivos militares. Además, señalan los puntos clandestinos de vigilancia por radar montada en todo el mundo a la espera de posibles proyectiles americanos. Así mismo, señala los puntos claves de grupos de agentes de la MVD distribuidos en todo el mundo, y sus sistemas de comunicación directa entre ellos… ¿Exacto?

—Exacto. Creí que no podría entender todo eso.

—Ya ve que sí. Y todo me parece tan fantástico, Iskra, que no puedo creerlo. Lo siento.

—¿Cree que estoy mintiendo, que es alguna trampa…?

—Eso creo. En realidad, a poco que nos detengamos a pensarlo, usted está poniendo en nuestras manos la anulación completa del sistema defensivo y de espionaje soviético en todo el mundo. ¿Sí?

—Así es.

—No puedo creerlo. A menos que me dé una explicación inteligente del porqué hace esto contra Rusia, después de veinticinco años a su servicio.

—Quiero terminar mis días en paz.

—No comprendo.

—Me estoy haciendo viejo. Hay espías que, cuando llegan a una edad avanzada, todavía resultan útiles, incluso más útiles, quizás. Yo no soy de esos… El día en que ya no pueda actuar directamente, en plena acción, Iskra habrá terminado su carrera. Entonces, es posible que decidan… suprimir un cerebro enterado de todos los pormenores del espionaje ruso.

—¿Usted cree que ya ha llegado ese momento?

—Habría llegado dentro de muy poco. A mi edad, las acrobacias físicas no resultan fáciles. Se me retiraría del servicio activo… Y no tardarían en llegar a la conclusión de que un espía retirado es más un estorbo que otra cosa.

—¿Qué espera conseguir en Estados Unidos?

—Un millón de dólares, un pasaporte americano y una cabaña en un lugar montañoso y nevado de su patria. Cazar, pescar, dormir, escuchar música, leer… Esperar la muerte por sí misma, no de manos de un nuevo agente de la MVD que quiera… hacer méritos.

Brigitte Montfort se pasó una manita por la barbilla, pensativa, siempre fijos sus ojos en el traidor a la MVD. No era fácil tomar una decisión en aquel asunto, pero, ciertamente, ella estaba en Europa para tomar decisiones.

—¿Llevaba armas, Simón? —preguntó de pronto.

—Solo una pistola. Ahora está completamente desarmado. Seguro.

—Bien… Vaya a preparar el viaje. Nos lo llevaremos… Es decir, se lo llevará usted, al lugar convenido.

—*Okay*.

Simón se alejó hacia unos pinos más separados, y alrededor de los cuales crecían, sorprendentemente, numerosas cañas, que no eran sino un camuflaje que ocultaba el pequeño helicóptero pintado de oscuro.

Iskra debió de verlo, y miró vivamente a Brigitte.

—Con eso no llegaremos a Estados Unidos…

—No va a Estados Unidos… todavía, Iskra. Tenga paciencia. Si piensa detenidamente en el asunto, comprenderá muy bien que en la CIA estemos adoptando todas las precauciones posibles.

—¿Adónde me llevarán ahora?

—A un lugar más confortable que el que habían elegido para usted unos cuantos húngaros.

—¿Cómo…?

—Cuatro agentes del servicio secreto húngaro están dormidos en el otro coche. Querían matarlo. Según parece, desde Moscú, por medios… sorprendentemente fáciles, les llegó información respecto a algunos lugares de Europa donde, posiblemente, encontrarían a Iskra.

Y el servicio secreto húngaro decidió… solucionar pequeños agravios atrasados contra usted. ¿Qué les hizo usted en el cincuenta y seis?

—Usted… está mintiendo.

—¿Quiere ver a los húngaros?

—Sí… ¡Desde luego!

—Pues venga.

Fueron los dos al otro coche, y Brigitte encendió la luz del interior. Iskra se quedó mirando aquel montón de hombres dormidos bajo los efectos del gas. Cuando Brigitte lo miró de reojo,

se dio cuenta de la intensa palidez de aquel rostro.

—¿Sorprendido, Iskra?

—Esta… información jamás debió salir de Moscú.

—Pero ha salido. De otro modo, los húngaros jamás le hubiesen encontrado. Eso quiere decir, usted ya lo entiende, que la MVD está recurriendo a todos los medios posibles para acabar con usted, para impedirle, por todos los sistemas, su salida vivo de Europa.

—¿Por qué están estos hombres ahí, desvanecidos…?

—Digamos que yo le he salvado la vida, Iskra.

—Entiendo… ¿Venían a por mí?

—Desde luego. Y entiendo que no serán estos los únicos que no querrán dejar pasar la oportunidad de liquidar a Iskra. En el fondo, me parece que estos hombres tienen razón, pero, evidentemente, no pienso permitirles que lo maten, ya que usted, vivo, puede ser muy interesante para la CIA. Así que, sin que tenga que preocuparse por nada, lo sacaremos de este avispero… ¿Listo, Simón?

—Todo listo —contestó Simón, acercándose.

—Vaya al helicóptero, Iskra. Oh, espere… Será mejor que nos ayude a Simón y a mí a llevar a estos hombres allá.

—¿Al helicóptero? —Se sobresaltó Iskra.

—Así es.

—Pero…

—Sé lo que hago.

—Está bien.

Brigitte ayudó a los dos hombres a llevar a los húngaros al helicóptero, que, ciertamente, iría sobrecargado. Al menos, durante una parte del vuelo, ya que, después de colocarlos a todos en el aparato, y a Iskra en el asiento delantero, Brigitte se llevó aparte a Simón.

—Dentro de una hora aproximadamente, estarán ustedes volando sobre el estrecho de Messina, Simón. Tome tierra en cualquier islote y deje allí a los húngaros. Sanos y salvos, ¿lo entiende?

—Desde luego. Su corazón es grande, Baby.

—Tan grande como el de la pantera que perdona las tontas insolencias de unos macacos. Ahora, respecto a Iskra, fíjese bien: él no intentará nada, será dócil y obediente, de modo que podrá manejarlo y dejarlo perfectamente tranquilo en el lugar convenido

de la isla de Mallorca…

—¿Cree que es realmente Iskra? ¿Qué están tramando, Baby?

—La respuesta a las dos preguntas es «no lo sé». Pero sí sé que Iskra será dócil y obediente. Sin embargo, Simón, usted deberá estar muy atento en todo momento, y… Bien, en realidad, todo se reduce a esta orden tajante que voy a darle: no abra la boca en ningún momento. Sea lo que sea lo que Iskra le pregunte, o comente, o sugiera, usted no dirá ni una sola palabra. A partir de este momento, usted es mudo. Todo su trabajo consiste en llevar a Iskra a Mallorca, dejarlo en el lugar convenido y partir inmediatamente para Niza. ¿Alguna duda?

—Ninguna.

—Entonces, hasta mañana en Niza.

Capítulo IV

Al aeropuerto de Niza llegó, a las diez de la mañana del día siguiente, el primer vuelo salido de Fiumicino. Y entre los varios pasajeros de ese vuelo, una anciana de blancos cabellos, porte aristocrático, ojos azules, ropas negras y severas, y un impertinente bastón de ébano con empuñadura de plata; tan impertinente era ese bastón como sus binóculos, colgados del pecho por una cinta de seda negra. Falda larga, ropas severas, mirada cargada de reproche hacia todo el mundo, la anciana y aristocrática dama no tuvo, por supuesto, ninguna dificultad en ser admitida en Francia. A fin de cuentas, era ciudadana francesa… Nada menos que *madame la duchesse* de Montpelier.

Sí… Annette Simonet, duquesa de Montpelier. Un pasaporte más falso que la visión de la Estatua de la Libertad en la Plaza Roja de Moscú, pero… perfecto. Un perfecto pasaporte falso para *madame la duchesse*.

La cual, seguida de los dos mozos del aeropuerto que llevaban sus maletas, caminaba por el vestíbulo con aquella aristocrática impertinencia, con el bastón tendido de punta hacia delante, como dispuesta a derribar de una estocada al osado que se interpusiera en su camino. Naturalmente, el mayor entretenimiento de la anciana dama era despotricar contra todo y contra todos, empezando por Roma, siguiendo por París y acabando por los servicios aduanales y auxiliares del aeropuerto de Niza.

De este modo, y seguida por algunas benevolentes miradas de gente más joven y menos exigente, la dama se encontró fuera del aeropuerto…

—¿Le llamo un taxi, *madame*? —propuso uno de los mozos.

—¡No! ¿Para qué quiero yo un taxi?

—Pues… Bueno, *madame,* si ha de ir a Niza…

—¡Tengo mi propio auto, jovencito! ¡Pero ese cretino de Jean

Pierre…! Oh, allá viene… Carguen el equipaje en el maletero. ¿Cuánto les debo?

—Preferimos dejarlo a la voluntad de *madame*…

—¡Nada de voluntades! ¿Con quién creen que están tratando? ¿Con una turista? Sepan, jovencitos, que cuando ustedes estaban camino de la vida, yo la conocía ya completamente. ¿Cuánto?

Los mozos del aeropuerto musitaron la cantidad reglamentaria, y mientras cargaban las maletas en el magnífico Mercedes negro, la dama contaba meticulosamente unas monedas, que tendió a los empleados una vez que estos hubieron terminado su trabajo. Luego, tras una relampagueante mirada al joven y apuesto chófer llamado Jean Pierre, se metió en el auto. Jean Pierre cerró la portezuela, pasó al volante, y el coche partió hacia Niza.

—Vaya señora —masculló uno de los mozos.

—De todos modos, no ha sido tacaña. Yo he conocido algunas así. Se pasan el día gruñendo, pero en el fondo son…

Dentro del Mercedes, *madame la duchesse* de Montpelier había suspirado fuertemente, y aparecía ahora relajada, encendiendo un cigarrillo americano, mirando con expresión sonriente a Jean Pierre, por medio del espejo retrovisor.

Después de lanzar la primera bocanada de humo, preguntó:

—¿Todo bien, Simón?

—Todo impecable.

—¿Qué pasó con uno de nuestros Iskra?

—Lo llevé a la casita cerca de Valldemosa, en Mallorca.

—¿Protestó por algo?

—Habría sido el colmo. No todo el mundo puede vivir cerca de donde, en mil ochocientos treinta y ocho, Chopin vivió su bello romance con George Sand, le…

—Conozco la historia. ¿Hizo preguntas Iskra, Simón? ¿Insistió en saber algo, nombres, relaciones, vías de la CIA hacia América…?

—Usted me dijo que yo permaneciese callado, ¿no es cierto? Pues bien: él aún estuvo más callado que yo. Lo aceptó todo, no preguntó nada, no hizo nada. Fue como llevar… a un robot.

—No me hable de robots —se estremeció Brigitte—. ¡Todavía recuerdo…! ¡Brrrr…![1]

—¿De qué habla?

—De nada, de nada… Supongo que en Niza lo ha preparado

todo tan bien como en Roma, Simón.

—Espero que sí.

—¿Lo espera? Si no está seguro…

—Le diré la verdad, Baby: no estoy acostumbrado a trabajar solo, de modo que estoy temiendo fallar en cualquier momento.

—Eso es falta de carácter, Simón.

—Quizás. Pero así son las cosas, y creo que debo decírselo.

—¿Encuentra demasiado fatigoso hacerlo todo usted, no tener ayuda de ningún compañero para apoyarse en esto?

—¿Fatigoso? No… Ciertamente, no. Me gusta la acción. Pero estoy acostumbrado a cambiar impresiones con los compañeros con los que trabajo. Y hacerlo todo yo solo me tiene un tanto… indeciso. De todos modos espero que nada falle.

—Así deberá ser, Simón. Quiero que sepa que un espía debe saber valerse por sí solo para cualquier cosa, en cualquier parte del mundo y en cualquier situación.

—Hermosas palabras. Pero si todos pudiésemos conseguir eso, habría en el mundo muchas Baby y muchos Número Uno…

—Número Uno —musitó Brigitte—. Fue una lástima que muriese, ¿no es cierto, Simón?

—Se dice que no ha muerto.

—Tonterías. Yo lo vi morir —mintió impávida Brigitte—. Respecto a que sea usted solo quien colabore conmigo en esta ocasión, la explicación es sencilla, fácil de comprender. No quiero arriesgar ni un solo agente más de los necesarios. Si esto es una trampa, una sucia jugada de la MVD, caeremos usted y yo, Simón, pero nadie más.

—Entiendo. Y me parece bien. ¿Por qué me eligió a mí?

—No fui yo quien le eligió, sino la Central. Pedí a uno de los chicos más listos y guapos de Europa, y le pusieron a usted a mi servicio. Y debo decir —recurrió de nuevo, simpáticamenre, a la agria voz de duquesa de Montpelier— que lo está haciendo muy bien, Jean Pierre.

Simón se echó a reír, moviendo la cabeza, divertido en verdad.

—Definitivamente, da gusto trabajar con Baby. No le busqué hotel, porque supongo que no será necesario, ya que la cita es a las doce de la mañana.

—Bien hecho. Desayunaremos en cualquier sitio agradable,

Simón. Luego, iremos a los Jardines de Alberto I, a recoger a nuestro segundo Iskra. Tengo ganas de ver qué tal es el segundo ejemplar del espionaje ruso. Por cierto: ¿tiene el ejemplar de la revista *Life*?

—Por supuesto, *madame la duchesse*.

* * *

A las doce menos cinco minutos, el Mercedes se detenía en Place Masséna. Enfrente, el Syndicat
D'Initiative
de Niza. Detrás, los Jardines de Alberto I, con sus palmeras, sus árboles exóticos, sus parterres…

Simón se apresuró a salir del vehículo, para abrir la portezuela a *madame la duchesse*, la cual, una vez puestos los pies en tierra, miró con su habitual reprobación a todo su alrededor, señalando diversos puntos.

—Debería estar todo más limpio —gruñó.

—Si *madame la duchesse* me lo permite…, todo está limpio.

—¡Bah! Además, esas arcadas de estilo genovés, del siglo diecisiete, ¿qué hacen en Niza? ¿Por qué no se las llevan a Génova?

—Todo eso costaría mucho dinero, *madame la duchesse*.

—Hay mucho dinero en Francia. En fin… Es grato volver a ver todo esto… El Casino, la Fuente del Sol… Y observo que Mont Vial continúa en el mismo sitio simpático.

Simón miró, sonriendo, hacia la perspectiva de Avenue de la Victoire; a lo lejos, en efecto, se veía el citado monte, con su altura de algo más de cuatro mil quinientos pies.

—También costaría mucho dinero trasladar una montaña, *madame la duchesse*. Y, si me lo permite, le diré que faltan tres minutos para el mediodía.

—Oh, sí… Veamos cómo van las cosas esta vez. ¿Sabe una cosa que me molesta mucho, Simón?

—¿Cuál?

—La edad de Iskra. Cincuenta años, parece que es el promedio que se le ha calculado. Para ser sincera, le diré que preferiría que tuviese treinta, o algo así. En fin…

Se apoyó en su bastón, encaminándose hacia los Jardines de

Alberto I, con su incierto y testarudo paso de anciana que se resiste a admitir el paso de los años, mirando hacia todos lados ayudándose con sus binóculos suspendidos graciosamente casi en la punta de la nariz. Tras ella, con el aire protector del criado de confianza, el agente de la CIA, no menos alerta que la aristocrática dama.

A las doce en punto, con un ejemplar de la revista *Life*, en edición francesa, sostenido enrollado en su mano izquierda, Annette Simonet, duquesa de Montpelier, se detenía, con gesto crítico, delante de la Fuente de los Tritones. Estuvo unos segundos mirándola, y por fin, refunfuñando, se dirigió a uno de los bancos cercanos. Se sentó, colocó en su regazo la revista, de modo que la palabra *Life* se viera perfectamente, y llamó con una seña a Simón, que se acercó presurosamente.

—*Madame?*

—Quiero fumar.

—*Oui, madame.*

El falso Jean Pierre sacó una cigarrera, extrajo de ella un cigarro de bonito tono dorado, liado a mano, y lo colocó entre los enjoyados dedos de la dama. Luego, encendió una cerilla, y colocó la llamita en la punta. *Madame la duchesse* aspiró el humo con evidente deleite, y dedicó de nuevo su atención a la Fuente de los Tritones, haciendo señas a su chófer para que se alejase.

Llevaba apenas un par de minutos fumando y tomando el sol, bajo las sonrientes miradas de quienes pasaban ante ella, cuando apareció el personaje interesante. Es decir, solo fue interesante cuando se acercó con gran decisión al banco y lo señaló con su bastón.

—¿Me permite? —Sonrió amablemente.

La duquesa de Montpelier lo miró brevemente.

—Sí, desde luego.

Pero con aquella breve mirada pareció tomar una fotografía. Aquel hombre debía de tener unos sesenta años, tenía una bonita barba rizada, gris, igual que sus cabellos, y su bigote de puntas ligerísimamente curvadas hacia arriba. Los ojos claros, el porte elegante, ademanes desenvueltos… Vestía irreprochablemente.

Se sentó, miró la fuente, miró de reojo a la dama, y luego al erguido y atento Jean Pierre, que parecía vigilar con mucho interés

a su anciana patrona.

—Emmm… Observo que lee usted una revista interesante, *madame*.

—No estoy leyendo, *monsieur*.

—Oh, es cierto… He querido decir que la revista *Life* me resulta también a mí muy… interesante.

La duquesa de Montpelier se volvió claramente hacia el apuesto caballero de sesenta años, lo miró especulativamente de arriba abajo, y deslizó, con fría cortesía:

—*Monsieur*, debo decirle que no estoy en edad de… aceptar galanterías, ni conversaciones de tipo aproximativo. Espero que a su edad se tome en serio las conversaciones en jardines públicos.

—Perdón… No he pretendido…

—Conozco muy bien a los viejos como usted. Pero, sin duda, usted es el más… tonto de todos. Si está buscando compañía, *monsieur*, será mejor que apunte a otro lado. Buenos días.

—Solamente me he interesado por su revista, *madame*.

—¿Por qué tanto interés?

—Bien… Ocurre que yo estoy esperando a una persona que, precisamente, tenía que presentarse con un ejemplar de la revista *Life*, enrollada, sostenida con la mano izquierda… Y la hora de la cita era a las doce en punto, en este lugar.

—Qué coincidencia, *monsieur*… Esa es la clase de cita que yo recibí, por medio de una carta… en París.

—En Washington —corrigió el caballero.

—Oh, sí, en Washington… Soy ya tan vieja… Mi memoria es muy mala estos últimos años. En una ocasión, dos de mis nietas me enviaron un telegrama a París, diciéndome que me esperaban para celebrar su cumpleaños en…

—¿Tienen la misma edad, *madame*?

—Son mellizas. Pues ellas me decían que me esperaban el día de su cumpleaños en Chamonix, y… ¿Sabe usted dónde fui yo, *monsieur*?

—A Chamonix, supongo.

—No, no, no… ¡A Acapulco!

—¡Pero, *madame*…! ¡No es posible!

—Sí, sí, se lo aseguro, *monsieur*… *monsieur*…

—¿No sabe mi nombre?

—Pues no. Pero podría llamarlo… Iskra. ¿Le gusta?

—Me encanta, *madame*… *madame*…

—¿No sabe mi nombre?

—Pues no. Pero podría llamarla… Baby. ¿Le gusta?

—Ojalá pudiese decir que sí. Creo que tendré que conformarme con que usted me llame Annette, *monsieur* Iskra. Annette Simonet, duquesa de Montpelier.

—Maravilloso.

—¿El qué?

—Lo de que sea usted duquesa.

—Ya supongo que en Rusia duraría muy poco, *monsieur* Iskra. Sin embargo, estamos en Francia, y puedo permitirme ese lujo. Y ahora, dejando ya a un lado las… tonterías de presentación, yo pregunto: ¿cómo puede usted demostrarme que es Iskra?

—No comprendo, *madame*. Escribí a la CIA concertando esta cita con uno de sus agentes… ¿Cree que si yo no fuese Iskra estaría aquí, la habría abordado apoyándome en su revista *Life*, habría admitido ser Iskra…?

—Muy bien. De acuerdo. Usted es Iskra.

—Gracias, *madame*.

—Por tanto, tendrá sin duda algo que ofrecerme. Algo que, según su carta, despertaría el máximo interés de la CIA ¿Qué es ello, *monsieur* Iskra?

—Un microfilme.

—Oh… Qué interesante… ¿Puedo verlo?

—No en este momento, *madame*.

—¿Por qué no? Nadie se asombrará demasiado si un par de ancianos se dedican a mirar al trasluz una peliculita… ¿No cree?

—Seguramente. Pero sucede que no tengo aquí el microfilme.

—¿Dónde lo tiene?

—Lo envié por correo, desde Varsovia, a nombre de… Bien, a un nombre que he utilizado en Niza en diversas ocasiones. En estos momentos, en el paquete, ese microfilme está esperando en el buzón de la casa en cuestión, *madame*.

—La idea no es nueva, pero es buena. ¿Qué contiene ese microfilme, *monsieur* Iskra?

—Sería mejor que lo viese usted misma. A menos que no esté preparada para entender ciertos aspectos de…

—Seguramente, lo entenderé todo —sonrió la dama—. Pero, claro, para eso debo tener el microfilme en mis manos. ¿Cuál es la dirección de esa casa, *monsieur*?

—Si no le importa, prefiero ir allá con usted, para recogerlo personalmente. Y en el acto se lo entregaré para el examen de rigor, naturalmente. Bien entendido que mi salida de Europa hacia Estados Unidos está convenientemente preparada por medios fuera de los corrientes, es decir, sin tener que utilizar líneas regulares de viaje o cualquier medio que pueda ser controlado por cualquiera.

—No hay cuidado a ese respecto, *monsieur*. Con sinceridad, le diré que la CIA lanzó un alarido de gozo cuando recibió la carta en la que se decía que podrían disponer nada menos que de Iskra, el más efectivo, misterioso y astuto espía ruso de veinticinco años a esta parte. Es decir, de todos los tiempos.

—Estoy a su completa disposición, *madame*. Deseando llegar a Estados Unidos.

—Saldremos de noche, *monsieur* Iskra…, por motivos de seguridad, claro. Y por esos mismos motivos le sugiero que, mientras tanto, no debemos permanecer juntos. ¿Se le ocurre algún lugar donde podamos encontrarnos confiadamente, después de la cena, a fin de dirigirnos juntos a buscar ese microfilme a su casa de Niza?

—He pensado ya en eso, y creo que tengo el lugar adecuado. Es discreto. Muy discreto.

—¿Qué lugar es ese?

—Al final de Rue Durante.

Madame la duchesse alzó las cejas, sorprendida un instante. De pronto, sonrió.

—Magnífico, *monsieur* Iskra. Supongo que se refiere usted a la Estación de los Ferrocarriles Franceses.

—Exacto, *madame*: me refiero a la estación de la
S. N. C. F.
A las diez en punto deberá estar allí, en la salida por Avenue Thiers. Como usted bien sabe, sin duda no hay lugar más discreto que aquel que siempre se halla lleno de gente.

—Cierto —sonrió la dama—. Estaré a las diez en punto, *monsieur*.

—Pero no con su Mercedes, *madame la duchesse*.

—Por supuesto que no. Utilizaremos para esa ocasión un coche discreto, modesto… Iremos a buscar ese microfilme, lo examinaré, y si estoy conforme con su contenido, usted efectuará esta misma noche su primera escala rumbo a Estados Unidos.

—Parece que: todo está hablado y aclarado, *madame*.

—En efecto, *monsieur*. Iskra se puso en pie.

—Buenos días, *madame*. A sus pies.

—Buenos días, *monsieur*.

Capítulo V

A las diez en punto, *madame la duchesse* de Montpelier estaba delante de la estación de la
S. N. C. F.
, en el cruce con Avenue Thiers y el final de Rue Durante, bien aposentada al volante del pequeño Fiat de dos puertas.

Y ya empezaba a impacientarse, debido a su mal estacionamiento, cuando la puerta de la derecha se abrió, e Iskra penetró en el coche, tras aparecer súbitamente de entre el gentío que pululaba en torno a la estación.

—Buenas noches, *madame*.

—Buenas noches, *monsieur*. Debo decirle que no es usted excesivamente puntual.

—Han sido solamente dos minutos de retraso, *madame*.

—En dos minutos, se puede morir ciento veinte veces… ¿Cuál es nuestro destino?

—Colline de Cimiez, por el Boulevard… ¿Conoce esa parte de Niza?

—Por supuesto. ¿Dirección exacta?

—Ya le iré indicando el camino.

—Muy bien.

Brigitte dio la vuelta al coche, enfilando la Avenida Thiers hacia arriba, en direción al Boulevard Cimiez. Una vez allí, el terreno ascendía suavemente, y la espía internacional, siguiendo las indicaciones de Iskra, condujo durante quince minutos, hasta detenerse, pasado ese tiempo, en una avenida estrecha, solitaria y silenciosa. Abajo, Niza brillaba con sus bonitas luces de colores, y se veía el mar, salpicado de estrellas y puntitos rojos de luces y yates.

A la derecha de ellos y un poco más adelante, se veía una pequeña casa, con una diminuta valla de madera separando el no menos diminuto jardín, de la avenida.

—Esa es la casa, *madame*. Todavía no he estado en ella en este viaje a Niza, pero supongo que mi carta desde Polonia habrá llegado ya.

—Entonces, vayamos a por el microfilme. Sin él, usted tendría muy poca que ofrecer a la CIA a cambio de su… hospitalidad. En marcha, señor Iskra.

Se apearon los dos. *Madame la duchesse* recogió su maletín rojo con florecillas azules del asiento de atrás, y miró con irónica sonrisa el diminuto objeto metálico que se veía pegado en la plancha del coche, junto al asiento abatible.

Cerró el coche, y, con el maletín en la mano izquierda y el bastón en la derecha, echó a andar hacia la casa, junto a Iskra, que miraba nerviosamente a todos lados.

—¿Preocupado? —Sonrió la dama.

—Un poco.

—Es lo que ocurre con el paso de los años. Uno empieza a sentir más apego a la vida que cuando era joven. Lo mismo me ocurre a mí.

—Usted es joven.

—¿Joven? ¿Yo joven? ¡Por favor, *monsieur*…!

—Parece realmente una anciana, pero no lo es. Yo creo que no lo es.

—Ojalá tuviera usted razón, *monsieur* —suspiró la duquesa—. Me gustaría ser joven, bonita, con los ojos brillantes y el cuerpo elástico… ¡Ojalá tuviera usted razón, *monsieur*!

Iskra encogió los hombros. Llegaron ante la vallita, la cruzaron por la abertura sin puerta, y recorrieron el corto sendero hasta la puerta de la casa. Iskra sacó una llave y abrió con ella la puerta. La empujó, y se colocó a un lado.

—Adelante, *madame*. En el cajetín de la correspondencia encontraremos el paquete postal con el microfilme.

—Magnífico.

La dama entró en la casa, Iskra encendió la luz y entró tras ella…, quedando tan petrificado como la duquesa.

Ante ellos, un hombre, pistola en mano. A la derecha, otro hombre, que acabó de cerrar la puerta con la mano izquierda, mostrando también una pistola en la derecha. La atención de ambos parecía concentrarse especialmente, con una estremecedora dureza,

en el hombre, que se volvió hacia la dama, pálido.

—Es una trampa… Usted me ha traído a una trampa…

Brigitte alzó las cejas, mirando a Iskra por encima de sus binoculares como si el espía ruso fuese poco menos que un retrasado mental.

—¿Yo le he traído, *monsieur*? Usted sabe muy bien que este lugar solamente lo conocía usted… y la MVD, por supuesto.

—Yo creo —Iskra señaló a los dos hombres— que también sus amigos de la CIA lo conocían. Aquí tiene la prueba.

—No sea cretino, *monsieur*. Estos caballeros no son americanos. Yo diría que son alemanes. O quizás italianos. No sé… Lo que sí sé seguro es que pertenecen a un país no conforme con la actuación de Iskra durante la Segunda Guerra Mundial. O quizá por sus hazañas posteriores, *monsieur*. ¿No es cierto, caballeros? —preguntó de pronto, en alemán.

Uno de ellos ya le estaba dedicando una especial atención, no poco sorprendido por la energía mental y expresiva de la anciana dama.

—¿Quién es usted? —preguntó, también en alemán.

—Una espía americana, *herr*. Se me asignó la misión de llevar a Iskra a Estados Unidos. Como ustedes deben de saber muy bien, Iskra ha abandonado a Rusia. Se ofreció a la CIA, y de allá me enviaron a recogerlo. Eso es todo.

—Entonces… ¿él es realmente Iskra?

—¿Ustedes no lo saben? ¿No lo conocen?

—Nadie conoce a Iskra.

—Tampoco yo.

—¿Pero él le ha dicho que es Iskra?

—En efecto. Y ha recurrido a la clave para contacto que sugirió en su carta enviada a la Central de la CIA desde Niza. Todo hace suponer que, ciertamente, el caballero que me acompaña es Iskra. No les puedo decir más, lo lamento.

El otro alemán movió la pistola hacia la puerta.

—Márchese, *frau*.

—*Madame la duchesse*, si no les importa. Caballeros, ¿cómo les podré agradecer su bondad?

—Olvidándose de nosotros, de nuestras voces y rostros apenas salga de esta casa. Suba a su coche y márchese. Cualquier otra cosa

que haga será complicarse la vida… con riesgo de perderla.

—Entiendo… ¿Puedo llevarme el microfilme, al menos?

—¿Qué microfilme?

—Bueno… Parece que he cometido una tonta indiscreción… Un desliz, más bien.

—¿Qué microfilme, *frau*?

—Pues… Uno muy interesante que el señor Iskra se ha traído desde Rusia.

—Si tan interesante es, creo que nos lo quedaremos nosotros. ¿Qué contiene?

—No lo sé. De veras: no lo sé. Pero traigo en mi maletín un visor especial que podría darnos una clara idea de lo que expresan esas microfotos. Les propongo un trato, caballeros: examinamos ese microfilme los tres. Si merece su interés, es evidente que se lo quedarán. Pero si a ustedes no va a servirles de nada… ¿qué inconveniente habría en que yo me lo llevase?

Los dos alemanes miraban con expresión sonriente y a la vez incrédula a la sorprendente dama que aparentaba alrededor de setenta años.

—Es usted extraordinaria, *frau*. ¿Dónde…?

—*Madame la duchesse*, por favor.

—Oh, sí… *Madame la duchesse*, claro… ¿Dónde está ese microfilme?

—En la caja del buzón, según parece estar seguro Iskra. Se lo envió a sí mismo, a esta dirección, desde Polonia. El cartero habrá hecho el reparto, y ahora la carta está esperando ser recogida.

Señalaba con su bastón hacia la puerta, en la cual, en efecto, se veía la caja que recogía la correspondencia introducida en la ranura del exterior. Uno de los alemanes dio un paso hacia allí…

—Espera —dijo el otro—. Puede ser una trampa.

—Les aseguro que no —dijo Brigitte—. Tengo muy en cuenta que, al fin y al cabo, ustedes son compatriotas de Alexandria.

Los dos alemanes respingaron a la vez. Ambos rebasaban ya los cuarenta años, y, evidentemente, aquel nombre no les era desconocido.

—¿Conoce usted a Alexandria?

—Somos grandes amigos. Y he tenido la satisfacción, en varias ocasiones y no hace mucho de ello, de recibir su ayuda personal.

—Está mintiendo… Alexandria se retiró al finalizar la guerra. Hace de eso más de veinte años. Y jamás ha vuelto a actuar.

—Digamos que hizo concesiones especiales conmigo.

—¿Por qué motivo habría de hacer esas concesiones?

—Porque está enamorado de mí.

Los dos alemanes quedaron un instante petrificados.

Luego, sonrieron, casi a punto de soltar la carcajada.

—Oh, sí… Enamorado de usted, *madame la duchesse*… Muy interesante. No conocemos personalmente a Alexandría, pero si hacemos un cálculo de tiempo, deduciremos que su edad debe de ser de unos… cuarenta y seis o cincuenta años. Y, sin querer ofenderla, *madame la duchesse*, le diré que usted aparenta… unos cuantos más.

—Basta de conversación —dijo el otro; señaló el buzón—. Saque usted misma esa carta, *madame la duchesse*, por favor.

—Con gusto… ¿La llave del cajetín, *monsieur* Iskra? Vamos, vamos, no se resista. Sería absurdo. Solo tienen que matarlo, quitarle la llave, y recoger esa carta. No complique las cosas, se lo ruego.

Iskra fue hacia la pared, junto a la puerta, y de una pequeña grieta sacó un llavín, que tendió a Brigitte, malhumorado… y asustado. Su rostro continuaba mostrando aquella palidez desde el mismo momento en que había visto a los dos alemanes.

Brigitte abrió el cajetín, y, en efecto, dentro había un pequeño paquete, enviado como carta. Parecía una pequeña caja para pañuelos femeninos, plana, rectangular. Estaba dirigida a *monsieur* Charles Deauville, a aquella dirección de Niza, obviamente. Entregó el paquetito a uno de los alemanes, que lo abrió, tras comprobar que el matasellos era de Varsovia. Dentro del paquete había unos cuantos papeles en blanco, doblados varias veces. Y entre ellos un pequeño sobre oscuro, del cual salió la tira de microfilme, doblada también varias veces sobre sí misma.

—¿El visor, *madame la duchesse*? —musitó el que tenía el microfilme, mirando a Brigitte—. Oh, no se moleste, yo lo tomaré.

Brigitte entregó su maletín sin resistencia alguna. El alemán lo abrió, miró el contenido y sonrió.

—¡Qué asombrosa… mezcla de cosas, *madame*! Prismáticos, productos de belleza, tubos de aluminio… ¿Qué es todo esto?

—Un completísimo equipo para una espía modernísima, *herr*. El visor está encima de todo.

—Lo veo —el alemán sonreía cada vez más divertido—. Debo asegurarle, *madame la duchesse*, que jamás vi una espía tan… tan…

—¿Bien equilibrada? Mentalmente, me refiero.

—Bien equilibrada mentalmente… Sí, esa es la expresión exacta con respecto a usted.

No necesitó indicaciones de Brigitte para utilizar el visor. Estuvo mirando las microfotos muy rápidamente, y, por su expresión, Brigitte comprendió que no estaba sacando nada en claro. Cuando el alemán alzó la vista, fue para mirar a su compañero y mover negativamente la cabeza.

—¿No le interesa el microfilme? —preguntó Brigitte.

—No lo entiendo. No entienda nada. Mapas y rayas. Lo único que parece lo bastante explicativo, son dibujos de proyectiles. Puede decir eso en Washington, *madame la duchesse*.

—¿Entiendo que no piensa entregarme el microfilme?

—No. Lo llevaré adonde será examinado mucho mejor de lo que yo puedo hacerlo.

—Usted… ustedes son espías anticuados, *herr*. Con un solo vistazo yo puedo decirles lo que signifiquen esos mapas. Estoy segura de que los entenderé.

—Tiene usted diez segundos para marcharse, *madame*. No nos obligue a… suprimir los pocos años que le quedan de vida. Solamente diez segundos, que empiezan a contarse a partir de ahora.

—¿Y respecto a Iskra?

—Él no morirá… fácilmente. Primero, le recordaremos algunos hechos sucedidos en Berlín que fueron posibles para los rusos gracias a él. Dicen que la venganza es más satisfactoria cuanto más tarda, porque se ha tenido tiempo de pensar en ella, de saborearla. Solo tres segundos, *madame*. Si no sale antes de…

—Adiós, caballeros.

Brigitte dio media vuelta y fue hacia la puerta. Fue entonces cuando Iskra reaccionó, casi histéricamente, jadeando. La apartó de un manotazo y se precipitó hacia la puerta… Uno de los alemanes saltó hacia él, lo agarró por un hombro, le obligó a volverse, y le descargó un golpe en la frente, con la pistola, derribándolo. Iskra se

aferró a las ropas del alemán, chillando:

—¡No soy Iskra, no soy Iskra…! ¡No me maten…!

Hubo un instante de sorpresa…, pero no para *madame la duchesse*, que tiró con fuerza del puño de su bastón, sacando a relucir el agudísimo estoque de brillante acero. El alemán que se había mantenido al margen, sosteniendo todavía el visor y el microfilme, quedó tan sorprendido que cuando quiso reaccionar el estoque había partido ya hacia él, con fino silbido, lanzado como un sorprendente puñal por la anciana duquesa. Se hundió con escalofriante facilidad en su pecho, como si estuviese atravesando mantequilla, y el alemán soltó su pistola y el visor, quedando en pie, con las manos en el puño del estoque, desorbitados los ojos que se vidriaban rápidamente.

El otro se desasió de las manos de Iskra de un tirón, y se volvió hacia Brigitte, alzando la pistola.

¡Pack!

El disparo restalló secamente en la casa, y la bala pasó por donde una fracción de segundo antes había estado la «anciana» duquesa. La cual, tras esquivar de modo tan agilísimo y sorprendente el disparo, lanzó su manita derecha hacia la del alemán, golpeando con tal fuerza en la muñeca que el hombre lanzó un grito y se encogió, soltando la pistola. Mejor dicho, la pistola le fue arrancada por el fortísimo golpe.

Pero el alemán reaccionó inmediatamente, y saltó con toda su fuerza, temblando de rabia su fuerte cuerpo, contra la espía americana. Sus brazos rodearon aquel cuerpo de tan frágil apariencia, y la barbilla se apoyó sobre un hombro de la dama.

—Maldita bruja —jadeó—. ¡Te voy a partir en dos!

Apretó, pero el «frágil» cuerpo resistió su primera tentativa. De pronto, el alemán tuvo la impresión de que lo que estaba intentando partir en dos no era un cuerpo humano, sino una fina varilla de acero.

Y tras esta otra sorpresa, recibió en ambos costados los golpes de las manitas de Brigitte, abiertas, duras como hachas.

—¡Aaauggghhh…!

El alemán aflojó la presión un instante. Solo un instante… Y cuando quiso darse cuenta, la anciana ya no estaba entre sus brazos, sino arrodillada ante sus rodillas, tras haberse deslizado por entre

aquellos, como una escurridiza víbora. Las dos manos femeninas se juntaron y golpearon en el estómago del alemán, que retrocedió un paso… Brigitte no se puso en pie, sino que apoyó ambas manos en el suelo, y sus pies golpearon a la vez en el rostro del alemán, en un impecable golpe de *capoeira* que lo derribó de espaldas, como fulminado. Estaba intentando incorporarse cuando recibió el punterazo de los negros y pesados zapatones de robusto tacón de la anciana dama, en un lado del cuello. Emitió un ronquido y quedó desvanecido, inmóvil tendido cara al techo.

Brigitte se volvió velozmente hacia Iskra, y todavía pudo verlo en el suelo, mirándola con expresión desorbitada, incrédulo, atónito. De pronto, Iskra se deslizó rápidamente hacia la puerta, la abrió…

—¡Vuelva aquí, estúpido! —gritó Brigitte—. ¡Afuera debe de haber…! Iskra había abierto la puerta, pero, por encima de su cabeza, el marco se astilló fuertemente bajo el impacto de la bala disparada desde el exterior. Cerró rápidamente, recogió la pistola del alemán que le había golpeado, se volvió hacia Brigitte…

Uno de los negros y robustos zapatones de la «anciana» clavó rudamente su mano contra el suelo. Y en el acto, *madame la duchesse* se alzó las faldas, mostrando a los ojos de Iskra las más bellas piernas que viera jamás, cubiertas por las negras medias de seda hasta medio muslo. Y la manita de la dama arrancó de allí la pistolita de cachas de madreperla, sujeta por dos tiras de esparadrapo de color carne.

En menos de un segundo, la pistolita quedó apuntando la frente de Iskra, a tan solo cinco pulgadas.

—Quieto, Iskra… ¿O no es Iskra?

—Sí… Sí, soy Iskra… ¡Sí!

—Antes ha dicho que no, *monsieur*.

—¿Qué quería que dijese? ¡Tenía que intentar algo…!

—Está bien, cálmese… ¿Puede conseguirlo?

—Sí… Sí.

—Afuera hay más alemanes. ¿No pensó en ello?

—Solo quería… escapar.

—Muy lógico, Pero hasta para escapar hace falta astucia. En realidad, hace más falta la astucia para escapar que para cualquier otra cosa. Y la astucia, *monsieur*, indicaba que la casa no iban a

dejarla solamente en manos de dos hombres. Es fácil. Tan fácil como les ha sido a los alemanes saber, por fin, dónde encontrar a Iskra. Desde Moscú, la MVD se ha ocupado con gran interés en delatar todos los posibles escondrijos de Iskra en Europa.

—No… ¡No!

—¿Por qué no, *monsieur*? No olvide que usted les ha traicionado. Ellos quieren que usted muera. Por tanto, han dejado filtrar informes respecto a usted. En todos los puntos donde Iskra pueda aparecer hay hombres dispuestos a matarlo. ¿Por qué le sorprende esto? Además de sus excompañeros de la MVD, toda la Europa dedicada al espionaje está tras los pasos de Iskra. Y voy entendiendo, *monsieur*, que Iskra no ha sido, precisamente, un espía de los míos.

—¿De los… suyos?

—De los que saben matar y perdonar. Yo me entiendo. Ahora, si realmente quiere llegar a Estados Unidos; recoja de nuevo esa pistola y vigile por una ventana. Lo sacaré de aquí.

—¿Quién es usted? ¿Quién? ¡No es una anciana, ni una mujer normal…!

—Cállese. Y vigile. Los alemanes de ahí afuera se están acercando sigilosamente a la casa.

Se apartó de él, recogió el visor y el microfilme, y lo guardó todo en el maletín. Ya tendría tiempo de examinar el microfilme. Sacó la radio de bolsillo, que accionó en el acto, al tiempo que apagaba la luz de la casa.

—¿Simón?

—A sus pies, duquesa.

—¿Nos tiene localizados?

—Desde luego. El emisor del Fiat 600 está funcionando de maravilla. ¿Contratiempos?

—Los esperados. Esta vez han sido los alemanes quienes han localizado a Iskra. Lamentándolo mucho, he tenido que matar a uno. Pase a recogernos dentro de un minuto… ¿Es posible?

—Espero que sí. ¿Procedimiento?

—El número cuatro de los que le indiqué.

—*Okay*. El cuatro. Allá voy.

Brigitte guardó la radio y se deslizó hacia Iskra, bajo la ventana.

—¿Ve algo?

—No…

—Saldremos de aquí dentro de un minuto. Desde luego, esos hombres se están acercando… Mejor. Cuanto más cerca estén de la casa, mejor para el procedimiento cuatro.

—¿El qué…?

—Póngase esto. Deje, le ayudaré. Y cállese.

Colocó ante la boca de Iskra una pequeña mascarilla de gasa, que cubría también la nariz. Ató las cintas en la nuca del ruso. Luego, se puso ella idéntico protector… Estaba terminando de anudarlo a su nuca cuando empezó a oírse el helicóptero. En pocos segundos, estaba tan cerca y justamente encima de la casa, que los cristales de esta se estremecían debido a la potencia del motor del vehículo aéreo.

Y de pronto, en el exterior comenzaron a aparecer pequeñas y fugacísimas nubes de humo blanquecino, en diversos puntos. Cinco segundos después, Brigitte abría la puerta.

—Afuera, Iskra.

—Pero…

—¡Salga!

Lo cogió del cuello de la chaqueta, lo enderezó y lo empujó al exterior. Iskra casi tropezó con el hombre caído de bruces cerca de la puerta de la casa, con una pistola en la mano derecha. Al otro lado, otro hombre, bajo la ventana, tendido de lado.

El helicóptero tomó tierra en la avenida, y Brigitte empujó hacia allá a Iskra. Subieron los dos a toda prisa al aparato, y Brigitte miró a Simón y señaló hacia el cielo con un dedito. Simón, cuya boca y nariz también estaban cubiertas por idéntica mascarilla protectora de gases, asintió con la cabeza, y el aparato se elevó rápidamente…

Brigitte se quitó la mascarilla pocos segundos después, y desanudó la que llevaba Simón, a los mandos del aparato. Iskra comprendió que el peligro de los gases había pasado, y también se la quitó. La espía guardó las tres mascarillas en el maletín, sacó el visor y el microfilme, y mientras colocaba este en la ranura, preguntó:

—¿Todo marcha bien, Simón?

—Todo perfecto. La casa de Mallorca, en Binisalem, está esperando a Iskra. El equipaje de *madame la duchesse* ha sido enviado a su escondrijo habitual. El coche Mercedes ya está lejos de

Niza, en manos de un compañero, que pondrá la auténtica matrícula a su debido tiempo. El Fiat 600 se quedará allí hasta que yo pueda volver a Niza. Todo va bien.

—Magnífico. Entonces, vámonos a Mallorca. Dejará allá, en la casita, a Iskra, y a mí me llevará… adonde ya sabe. ¿Hay alguna parte de las instrucciones que no recuerde bien, o que le parezcan dudosas…?

—Desde luego que no —rio Simón—. ¿Quiere que le diga una cosa?: ¡me estoy divirtiendo como nunca!

—¿Adónde vamos? —Gruñó el ruso—. No creo que tengamos que hacer nada en Mallorca…

—Usted hará lo que yo diga, *monsieur* —sonrió la dama—. De lo contrario, mucho me temo que ninguno llegaríamos a Estados Unidos. Y ahora, permanezcamos en silencio y volemos hacia Mallorca, mientras yo veo este microfilme…

Media hora más tarde, Brigitte Montfort miraba la última de las microfotos, proyectadas en la pequeña pantalla del visor luminoso. Lo guardó todo, y se quedó mirando pensativamente el mar, manchado de plata bajo ellos. La luna parecía estar muy cerca, casi al alcance de la mano…

Pero la espía no estaba en aquel momento para romanticismos, sino pensando en el hecho que indicaba la clara jugada sucia de los espías rusos. Las microfotos que acababa de examinar eran parecidas a las que le entregara Iskra de Roma.

Puntos azules, líneas rojas, cohetes maravillosamente dibujados… Solo que las actuales microfotos indicaban lugares diferentes a los de las primeras. En definitiva: si la CIA recibía aquellos dos microfilmes, solo conseguiría hacerse un lío tremendo.

Bien.

Quizá las cosas fueran muy diferentes con el Iskra de Palma de Mallorca.

Capítulo VI

—Vodka con agua tónica.

El pedido fue hecho en la barra del bar del hotel Club Náutico, de Palma de Mallorca, exactamente a las dieciocho horas del día veintisiete de marzo, es decir, a las seis de la tarde. Quien hizo el pedido era una muchacha de largos cabellos negros, ojos oscuros de mirada cálida, boquita sonrosada y dulce. Parecía tener unos veintidós o veinticuatro años. Llevaba minifalda, jersey y sandalias. Eso, en marzo. Posiblemente, en París hacía frío todavía. Y quizá por eso, la preciosa parisina se había trasladado, con su belleza y su minifalda, a la llamada «Isla de la Calma», buscando una temperatura más de acuerdo con su temperamento. *Spain is different*, dice el *slogan* publicitario turístico.

Y así debía de ser, sin duda, ya que a las seis de la tarde el sol se veía bonito, redondo, de color caramelo, hacia el oeste, sobre la península ibérica. Todavía cálido, rutilante, brillante.

El camarero se quedó mirando con expresión casi bélica a la muchacha que parecía proceder de París.

—Hasta mi alma te daba yo, criatura —dijo.

—*Comment?* —musitó la francesita.

—Digo que sí, tremenda, que te sirvo eso ahora mismo… ¿No hablas español?

—Oh, sí… Yo hablo un poco español, amable «camagego»… ¿Usted no habla «fgansés»?

—Lo estoy aprendiendo. —Y añadió—: Madre mía… ¡Y aún no ha empezado la temporada…!

—¿Qué «tempogada»?

—Hija, la de los muchos turistas. Nada, que yo me muero en Palma. ¡Si me vieran en Sevilla…! Oye, Puig, ¡marche volando un «ruso» con tónica!

—¡Va! —replicó el camarero mallorquín.

El otro, el sevillano, se inclinó más sobre la barra, guiñó un ojo, y pareció meter el otro por el escote de la francesita.

—Vamos a ver, franchuta, ¿cómo te llamas?

—¿«Quiege sabeg» mi «nombge»?

—Eso. Pero también me gustaría saber tu hotel, tu número de teléfono…

—Yo me llamo Monique. Monique Lafrance…

—¡Toma, qué bien! Yo me llamo Pepe. ¿Qué tal?

—Pepe… ¿José?

—Eso es: José. Veo que sabes muchas cosas de España. Pero si quieres, yo te enseño el resto.

—No, no… Yo «quiego» un vodka con agua tónica.

—¡Vaya perra que has cogido con eso del vodka! Te lo traigo en el acto, *mademoiselle*. Quiero decir, «ipso facto». Que yo me muero en Palma, madre mía… ¡Que me muero, digo!

—¿Usted «quiege mogigse»?

—¡Qué voy a querer morirme, criatura! ¡Lo que yo quiero es vivir! ¡Y si fuese contigo, a la luna con los americanos, me iba yo! ¡La broma es buena! ¡Morirse! ¡Están los tiempos para morirse, vamos…! ¡Pero si lo que interesa es vivir mil años!

El camarero sevillano trasladado a Palma de Mallorca soltó un bufido, se fue a buscar el vodka con agua tónica, y miró torvamente al mallorquín llamado Puig.

—Que me pierdo, Puig… Si yo le digo a esa franchuta lo que quiere decir cachonda, ella se vuelve loca por mí. Y estoy trabajando, hombre. ¿Quieres que te diga una cosa?: aquí hay «plan». Con esa franchuta salgo yo esta noche.

—Pues que te diviertas. Mientras tanto, llévale lo que ha pedido.

—Eso.

El camarero regresó al lugar de la barra donde se había acomodado Monique Lafrance. Iba a hacer un comentario cuando ella, señalando una mesita junto al ventanal desde el cual se veía el puerto, en la parte de los pequeños embarcaderos del Club Náutico, dijo:

—Lo «tomagé» allí. «Quiego veg» el «mag».

—Quiere ver el mar —cerró los ojos el camarero—. ¡Qué angelito de Dios!

Monique Lafrance se fue hacia la mesita señalada, se sentó y se

quedó mirando el mar, en el puerto. El camarero sevillano llegó con el vodka con agua tónica, lo dejó en la mesita, soltó un bufido y regresó a la barra, murmurando.

Monique Lafrance quedó sola en aquella mesita, junto al ventanal. Una hermosa tarde apacible, llena de sol. Bebió un sorbito del vodka con tónica. Luego, encendió un cigarrillo, estuvo un par de minutos más mirando hacia el mar, y dedicó de nuevo su atención al bar.

Había quizás una docena de hombres, y cuatro o cinco mujeres, todas con su correspondiente pareja. La única mujer sola allí era ella. Los hombres que no tenían pareja la miraban, más o menos descaradamente, pensando cualquiera sabía qué cosas respecto a la francesita de la minifalda.

De todos los hombres que había allí, solamente uno mereció el interés de Monique. Era el más alto, el más guapo, el más rubio. Un perfecto atleta de mirada gris, de recia barbilla, de manos grandes, que fumaba lentamente, saboreando al máximo el tabaco Llevaba unos pantalones blancos, chaquetón azul, gorra de *yatchman* y zapatillas de lona… Tenía un aspecto de deportista que apabullaba, que sobrecogía. Era lo que suele llamarse un gran tipo de hombre. Los demás eran de lo más corriente, tipos vulgares, en general de expresión simpática y divertida.

La francesita se dedicó a unos pequeños cálculos, que se pueden definir así: en Roma, el Iskra de turno había sido un hombre de unos cincuenta años; en Niza, el Iskra de turno había sido un hombre de unos sesenta años… Por tanto, si ella seguía de modo lógico aquel aumento de edad, el próximo Iskra, es decir, el de Palma de Mallorca, sería un hombre de setenta años. ¡Setenta años…! ¿Para qué quería ella a un hombre de setenta años? Desde luego, aquella iba a ser la más aburrida de sus aventuras. Se veía poco menos que acompañando ancianos decrépitos que apenas podrían sostenerse sobre sus flacas piernas. Evidentemente, un hombre de setenta años, si tenía una notable inteligencia, podía ser un magnífico espía, pero nunca uno de esos amables colegas de aventuras que podían amenizar una misión.

Esta idea no le gustó nada. Ya tenía, en diferentes casas de la isla, por separado, a dos de los supuestos Iskra. Cincuenta años uno, sesenta el otro. Ahora, faltaba el de setenta…

Y no.

No le gustaba aquella idea. De todos modos…

—¿Puedo sentarme?

La pregunta fue hecha en clarísimo inglés, y Monique Lafrance alzó vivamente la cabeza. Por unos segundos, se había ensimismado en sus pensamientos… Se quedó mirando fijamente al magnífico tipo de unos treinta y cinco años, ataviado con pantalones blancos, chaquetón azul, gorra de *yachtman*, zapatillas de lona… El que tenía un aspecto, de deportista que apabullaba, de mirada gris y recia barbilla.

—No.

El hombre miró el vaso que había sobre la mesita, y musitó:

—Me pareció que a las seis en punto había pedido usted vodka con agua tónica.

—Eso pedí, a las seis en punto.

—Bien… ¿De veras no puedo sentarme?

—No le conozco, señor… Y no me gustan los desconocidos.

—Pensamos aproximadamente igual. Imagino que por mi aspecto usted está pensando que estoy buscando… Digamos, solamente a una chica bonita.

—Es posible que piense eso, señor… señor…

—Iskra.

Un relámpago de alegría pasó por los ojos de Monique Lafrance.

—Siéntese —susurró.

—Gracias. ¿Mi nombre significa algo para usted, quizás?

Se sentó. Monique lo miraba fijamente, con tan claro agrado que el flamante Iskra de treinta y cinco años no tuvo más remedio que sonreír.

—Un nombre no significa nada, señor Iskra —dijo de pronto la muchacha.

—Lo he supuesto al oír que usted se hace llamar Monique Lafrance. También supongo que usted es americana… De la CIA, claro.

—Claro. No haga caso de mis nombres. Los he utilizado en diversas ocasiones, según el lugar.[2]

—Me hago cargo perfectamente. En general, los espías no vamos por el mundo dando nuestros verdaderos nombres.

—¿Cuál es el suyo?

—¿Mi nombre verdadero?

—Sí.

—Ya le he dicho —sonrió el atractivo personaje— que los espías no vamos diciendo por ahí nuestros verdaderos nombres.

—Merezco la respuesta. Muy bien, señor Iskra, tengo entendido que usted pretende ser trasladado a Estados Unidos por vías de seguridad total.

—En efecto.

—También tengo entendido que tiene algo muy interesante para la CIA.

—Así es.

—¿En qué consiste tan interesante… información?

—En un microfilme.

—Ah…

—Parece decepcionada, señorita Lafrance.

—Bueno… Es que soy un poco escéptica, ¿sabe? A decir verdad, la CIA esperaba algo más sustancioso e interesante que un vulgar microfilme.

—No todos los microfilmes son vulgares.

—Es posible. ¿Sobre qué trata el suyo?

—Sobre espionaje, desde luego.

—Asombroso —brillaron en una sonrisa los ojos de la muchacha —. Por un momento pensé que trataría sobre cultivo de rosas en época de invierno.

—¿Rosas en…? —Iskra se echó a reír, divertido—. Le aseguro que hasta ahora no he sentido el menor interés por productos de invernadero. Todo cuanto ofrezco es natural, sin artificio de ninguna clase. No estoy bromeando.

—Pocas veces se bromea en espionaje. Lo sé bien. ¿Tiene aquí el microfilme?

—No.

—Es lógico… ¿Puede demostrarme que es realmente Iskra?

—No.

—Por lo menos, me adelantará algo sobre el contenido de ese microfilme…

—No.

—Señor Iskra; usted utiliza con demasiada frecuencia la palabra NO.

—Y usted hace preguntas con demasiada frecuencia.

—Seguramente, tiene razón. Pero ese es mi trabajo.

—¿Su trabajo? ¿Por qué hacer tantas preguntas a un hombre que está dispuesto a entregarse a la CIA? Es de suponer que en Washington me harán muchas irás preguntas que usted… Y una vez allá, yo contestaré a todas.

—Me parece bien. Sin embargo, permítame adelantarle una de las preguntas que le harán en Washington… ¿Cuántos años tiene usted?

—Treinta y cuatro. ¿Esa es la pregunta?

—No, no… La pregunta es esta: ¿qué pretende usted al usurpar la personalidad del espía soviético llamado Iskra?

—¿No cree que yo sea Iskra?

—No.

—¿Por qué?

—Hace ni más ni menos que veinticuatro años que el agente ruso llamado Iskra está en activo. Y siempre actuando de un modo en verdad eficiente. Cuando yo empecé a ser espía, Iskra ya estaba en la lista negra de la CIA. Jamás ha podido ser hallado, ni fotografiado, ni identificado por ningún medio. Y ahora, de pronto, un jovencito de treinta y cuatro años sale al paso de la CIA, asegurando ser Iskra. De donde se desprende que usted debió de empezar la profesión de espía a los diez años.

—¿No lo cree posible? —Sonrió Iskra.

—Pues… ¿Posible? Quizá sí. Sí… Todo es posible en espionaje. Incluso cabe imaginarse a un niño de diez años espiando en Berlín en beneficio de las tropas rusas. No soy de las que se asombran fácilmente, Iskra. Un niño haciendo trabajo de espía no sería nada… nuevo, ni en exceso sorprendente. Poco corriente, sí; pero no increíble, ni imposible.

Iskra movió la cabeza en sentido afirmativo, lentamente.

—Aclaremos esto —musitó—: ¿usted cree o no cree que yo sea Iskra?

—No. No lo creo.

—Entonces, ¿quién soy yo?

—Lo ignoro.

—Por tanto —sonrió el ruso—, está en desventaja con respecto a mí, ya que yo sé muy bien quién es usted.

—¿Sí? ¿Quién soy?

—Baby.

Monique Lafrance frunció graciosamente el ceño.

—¿Qué está usted bebiendo, Iskra?

—Té inglés.

—Pues a juzgar por las tonterías que está diciendo, yo diría que está empapurrado de vodka, o algo todavía más fuerte.

—¿Sugiere que estoy borracho? —Casi rio Iskra.

—Algo así.

—El té no emborracha. Pero, señorita Lafrance, debemos… terminar con esta tonta conversación ingeniosa. Yo digo que soy Iskra, y lo demás es cosa suya. ¿Va a llevarme a Estados Unidos o no?

—La solución es más simple. Tome usted cualquier avión con destino a Estados Unidos. Una vez allí, preséntese en Washington. Y una vez en Washington, pregunte por el Cuartel General de la CIA —sonrió dulcemente—. Cualquiera le indicará dónde está.

—Usted parece… una experta profesional del espionaje. Por tanto, no creo que deba explicarle la serie de… posibles contratiempos que yo encontraría en cuanto pretendiera tomar un avión o un barco con destino a Estados Unidos.

—¿Qué contratiempos, por ejemplo?

—Veamos… La MVD, lógicamente, no ha debido de quedar muy satisfecha con mi deserción. Imagino que han movilizado a toda una serie de agentes que están buscándome por toda Europa en estos momentos. Además de eso, con vistas a mi probable… eliminación, habrán dejado pasar informes sobre mis… costumbres europeas a diversos sistemas de espionaje internacional. Eso quiere decir que, en Francia, en Alemania, en Hungría, en Italia, en Suiza, etcétera, cientos de hombres me están buscando en estos momentos. El objetivo de la MVD es clarísimo: colaborar para que yo sea encontrado, sea por unos o por otros, y… eliminado radicalmente. Harán lo imposible para que yo no llegue vivo a Estados Unidos. Me habrán delatado a todos los países que tienen motivos para estar resentidos con Iskra.

—Parece razonable —musitó Monique—. ¿No hay nada contra usted en España, quizás?

—¿En España? No… No, no. Por eso la elegí. España lleva casi

treinta años de paz exterior e interior. Todo está olvidado. O quizá sería mejor decir perdonado. Además, para España, el nombre de Iskra no significa nada. Y todavía significa menos el falso nombre que estoy utilizando aquí.

—España no es amiga de los rusos.

—Error —casi rio Iskra—. Usted sabe…, o debería saber muy bien, que España tiene muchos amigos y ningún enemigo. Pero, todo esto, señorita Lafrance, es conversación para periodistas aburridos. Cosa muy vieja. Yo sé muy bien dónde pongo los pies, y me siento seguro aquí… Lo estaré mientras la Brigada Secreta española me vea dedicado exclusivamente a tomar el sol, pescar y escribir. Ahora, usted decida, de una vez por todas: ¿España o Estados Unidos? ¿Me quedo… o me lleva usted?

Brigitte Montfort, alias Marina Lucientes, alias Annette Simonet, duquesa de Montpelier, alias Monique Lafrance, alias Baby…, se pasó pensativamente una manita por la barbilla. Estuvo unos segundos mirando aquellos grises ojos simpáticos e inteligentes.

Por fin, asintió con la cabeza.

—Lo llevaré, Iskra.

—¡Bien! ¿Cuándo salimos?

—La hora calculada son las doce de esta noche. Un helicóptero lo recogerá a usted y lo llevará a la base conjunta aérea hispanoamericana de Torrejón, cerca de Madrid. Desde allí, uno de los aviones con vuelos especiales lo llevará a Washington, sin un solo contratiempo.

—Magnífico. Acepto, desde luego.

—Yo… tengo órdenes severísimas, Iskra.

—¿En qué sentido?

—Antes de colocarlo en ese helicóptero que le llevaría a Torrejón, tengo que ver su microfilme. Y le aseguro que cualquier excusa o pretexto negativo anulará automáticamente nuestro convenio.

El apuesto espía soviético vaciló durante unos segundos. Por fin, asintió con la cabeza, y de viva voz:

—Está bien. Le enseñaré el microfilme antes de partir…

—Ahora, Iskra.

—¿Ahora?

—Ahora. En este momento.

—Bueno… Yo estoy viviendo en un balandro… Tengo el microfilme allá…

—Pues vayamos a ese balandro.

—No le será fácil examinar ese microfilme.

—Yo creo que sí. En la conserjería del hotel me están guardando un maletín que tiene de todo. Usted ponga en mis manos el microfilme, Iskra, y yo me encargaré de lo demás.

—De acuerdo —encogió los hombros el ruso—, se hará como usted dice.

Los dos se pusieron en pie. Iskra dejó un billete de cien pesetas sobre la mesita, tomó a la espía de un brazo y salieron del bar, bajo la furibunda mirada del camarero sevillano, del cual, ciertamente, se reía el mallorquín llamado Puig.

En la conserjería del hotel Club Náutico, Monique Lafrance recogió el llamativo y simpático maletín rojo con florecillas azules estampadas. Luego, salieron los dos del hotel, bordearon la dársena del Club Náutico hasta el otro lado y, una vez allí, el Iskra más joven de los tres conocidos hasta ahora, señaló un balandro más bien pequeño, no poco deslucido, pero de aceptable aspecto marinero.

Saltó a la cubierta, ayudó a Baby a hacer lo mismo, y otra vez señaló, ahora hacia la pequeña puertecilla doble que llevaba a la vivienda del balandro.

Dentro, había una especie de *living*, con dos literas plegables, libros, sillones pequeños, una diminuta cocina, servicio… Había cañas de pescar, revistas, periódicos… Pero, sobre todo, libros. En español, en inglés, en italiano, en francés, en alemán… Libros de todas clases e idiomas. Menos en ruso. Ni un solo libro en ruso. Lo cual, ciertamente, era comprensible.

—Tengo vino español —dijo Iskra—. ¿Quiere?

—¿Qué clase de vino?

—«Moriles».

—¿De veras? ¡Acepto encantada! Espero que me quite el mal gusto del vodka.

Iskra se quedó mirándola un instante con el ceño fruncido, pero acabó por sonreír.

—Supongo que eso es humor norteamericano —musitó.

—Más o menos. Sírvame el vino, por favor… Pero, antes, deme

el microfilme.

Iskra sacó el microfilme de entre dos de las tablas del casco del viejo balandro, y lo tendió a Brigitte Montfort, como si se tratase de una porquería sin importancia. Incluso estaba un poco sucio, arrugado por los bordes, doblado en algunos puntos, de cualquier modo… No parecía valer ni cinco centavos.

Ella se sentó en uno de los silloncitos, sacó el visor de su maletín y metió un extremo del microfilme por la ranura. Para entonces, Iskra le tendía ya un vaso con vino de Moriles, que ella tomó, distraídamente, al parecer.

Dio la luz del visor, y la primera microfoto apareció en la pequeñísima pantalla. Iskra estuvo mirándola unos segundos… Por fin, se sirvió otro vaso de vino, se sentó en otro silloncito, encendió un cigarrillo emboquillado de la marca Ducados, y se dispuso a esperar.

En esta ocasión, Brigitte Montfort precisó apenas quince minutos para darse por enterada del contenido del microfilme. Cuando alzó la mirada hacia Iskra, este parecía sumido en sus pensamientos, que no debían de ser muy agradables, a juzgar por su expresión. Alzó de pronto la mirada, súbitamente alerta, interesada…

—¿Y bien? —musitó.

Baby Montfort sonrió inexpresivamente. En sus manos tenía un microfilme parecido a los otros dos. Mapas, puntos azules, líneas rojas, emplazamientos de cohetes teledirigidos. Si sumaba aquel microfilme a los otros dos, y enviaba los tres a la CIA, la confusión allá sería todavía mayor, ya que el tal tercer microfilme era diferente a los dos anteriores. Mapas, puntos azules, líneas rojas, cohetes…, pero todo cambiado. No había nada igual o tan siquiera semejante a los otros dos. En resumen: la CIA, con aquellos tres microfilmes, se encontraría metida en un lío cada vez mayor, más indescifrable.

¿Cuál era el verdadero? ¿El de Iskra de Roma, el de Iskra de Niza, el de Iskra de Palma de Mallorca?

O, peor aún: ¿era auténtico alguno de aquellos tres microfilmes?

—Parece interesante —musitó también Brigitte.

—¿Parece? ¿No cree que realmente sea interesante?

—Bueno… Es demasiado bueno para ser cierto, quizás. Por estas microfotos, parece que la CIA estaría al corriente de los objetivos

civiles de los nuevos proyectiles dirigidos soviéticos; también están señalados los puntos clandestinos de vigilancia por radar en todo el mundo a la espera de los proyectiles norteamericanos. Y, además, indica los puntos clave de agentes de la MVD en todo el mundo, así como los sistemas de comunicación directa entre esos grupos… ¿Sí?

—Sí.

Brigitte sonrió, como si estuviera muy satisfecha, a pesar de saber muy bien que aquellos mismos datos, solo que en posiciones diferentes, eran los que contenían los otros dos microfilmes. Se sentía defraudada y casi furiosa.

—Es una interesante información, realmente, Iskra.

—Celebro que opine eso.

—No tengo más remedio. Usted, en definitiva, está poniendo en manos de la CIA la posibilidad facilísima de anular completamente el sistema de espionaje soviético en todo el mundo, así, en un esquema muy amplio, general. También pone en nuestras manos el pleno conocimiento de su sistema ofensivo por medio de cohetes. Si este microfilme llega a Washington, Rusia tendrá que adoptar una de estas dos medidas: o bien cambia todo este sistema, lo cual le costaría cientos de millones de rublos, o bien se resigna a que Estados Unidos conozca su esquema general de espionaje mundial y su probable ofensiva atómica por medio de cohetes, lo cual sería tanto como si Rusia no dispusiera de tales cohetes… ¿Se da cuenta de lo que esto puede valer, Iskra?

—¿Cuánto calcula usted? —Sonrió el ruso.

—No sé… Millones y millones de dólares… Cientos de millones de rublos, ya le digo. ¿Qué pide a cambio?

—Nada. Es decir, mucho: nueva personalidad y un empleo tranquilo en cualquier parte del mundo no soviético.

—¿En Palma, por ejemplo?

—¿Por qué no?

—Pide muy poco, Iskra. ¿Por qué?

—Cada uno tenemos nuestros motivos para hacer las cosas, sean estas cosas buenas o malas.

Brigitte Montfort entornó lo ojos, que ahora, debido a las microlentillas de contacto, se veían oscuros, como en Roma. Acabó por sonreír, con engañosa dulzura que la convertía en la espía más cruel e hipócrita del mundo entero.

—Acabaremos el asunto, Iskra —dijo amablemente—. Y ahora, si no le importa, me ocuparé de ello.

—Adelante. Haga lo que sea necesario.

Brigitte sacó la radio del maletín, y la accionó.

—¿Simón? —musitó.

—Hola, Monique. ¿Todo bien?

—Todo normal. ¿Alguna dificultad por su parte?

—Todo normal, también Todo preparado, sin un solo fallo. Esto no podrá fallar. Usted es… única. ¿Procedo según lo inicialmente acordado?

—Proceda. Eso es todo, Simón.

Cerró la radio y se quedó mirando amablemente a Iskra, que tenía el ceño fruncido.

—Creo haber entendido que todo va bien, señorita Lafrance.

—Así es. A las once iremos a un lugar, Iskra. Hasta entonces, quizá lo mejor sería quedarnos aquí.

Capítulo VII

Hacia las once de la noche, la señorita Monique Lafrance se levantó del borde de la litera, fue hacia la pequeña ventana redonda del balandro y tiró el cigarrillo al mar.

—Tengo que irme —dijo entonces.

—¿Sola?

—Así es.

—Bueno.

—¿Lo recuerdas todo bien, Iskra?

—Por supuesto. Estaré a las once y media en el lugar exacto, esperándote.

—Procura no dejar nada comprometedor en el balandro. Uno de mis compañeros pasará más adelante a recogerlo, para sacarlo de Palma. Pero, mientras tanto, es mejor no dejar ningún rastro.

—No soy ningún novato. Sé lo que tengo que hacer.

—Claro —sonrió ella.

Se acercó al ruso, lo besó dulce y brevemente en los labios, y recogió su bolsito.

—Hasta luego querido.

—Hasta luego.

La espía internacional abandonó el balandro.

Recorrió el largo malecón, se desvió hacia el Paseo Sagrera, y allá fue directa hacia un pequeño coche, un Seat 600 de patente Fiat. Entró en él, dio el encendido y sonrió como incrédula al comprobar que funcionaba perfectamente, igual que el que había utilizado en Niza. Poco después, en el pequeño coche, recorría el viejo núcleo de Palma de Mallorca, de intrincadas calles. La última avenida amplia que recorrió fue la del Sindicato, antes de desviarse hacia la izquierda, para detenerse segundos más tarde en una de las estrechas y cortas calles. Dejó el coche medio subido en la acera, se apeó y entró en una casa de gran portal, encalada. Había plantas de

intenso verdor, en grandes macetas, y un alto ventanal de cristales de colores a la derecha, como dando luz a la escalera de anchos y bajos peldaños. A la izquierda, una puerta de cristales, a la cual llamó la espía internacional.

La puerta fue abierta por una mujer de unos cincuenta años, de apacible aspecto, que miró sonriente a la bella muchacha.

—Buenas noches, señorita Lafrance —dijo en aceptable francés —. ¿Desea alguna cosa?

—Pagar el hospedaje, señora.

—Oh… No hay prisa, no hay prisa…

—Es que me marcho.

—¡Cómo! ¿Se va…? Pero si llegó esta misma mañana…

—Ha sido usted muy amable, señora. Pero encontré unos amigos de París, que están en Manacor. Tienen alquilada allí una bonita villa, según dicen, y me han invitado. Hasta me han dejado un coche para que vaya a reunirme con ellos. Mañana me llevarán a Porto Cristo, y luego me mostrarán las Cuevas del Hams, y las del Drach… En fin, creo que debo, aprovechar la oportunidad y aceptar la invitación… No es dinero lo que me sobra… ¿Estará bien así?

Tendió dos billetes de cien pesetas a la mujer, que los aceptó en el acto.

—Oh, muy bien… Gracias.

—A usted. Recogeré mis cosas y me iré enseguida. Adiós.

—Adiós, señorita Lafrance. Ya sabe que aquí tiene su casa.

—Gracias, señora.

Subió el tramo de bajos y anchos escalones, abrió la primera puerta del amplio pasillo, entró, cerró, dio la luz y fue al armario. Sacó la maleta, el maletín. Dejó ambas cosas sobre la cama, y, aunque sabía que nada podía olvidarse, puesto que nada había sacado de la maleta, miró alrededor. Todo bien.

Entonces, se cambió de ropas, sustituyendo la minifalda por unos largos y finos pantalones negros, largos; el jersey de tono claro, por uno de hilo, negro, más fino y de manga larga. Las sandalias las sustituyó por unas zapatillas de suela de goma y cubierta de lona azul oscuro.

Guardó cuidadosamente todo lo demás, como siempre. Con orden, sin prisas. En cualquier momento, cualquier prenda u objeto de la maleta podía ser hallado a tientas. Por último, la cerró y la

dejó en el suelo.

Abrió el maletín, sacó un tarro de cristal que, a juzgar por la etiqueta, contenía polvos de maquillaje para noche, y desenroscó la tapa. Metió dentro dos deditos, hurgando, hasta encontrar lo que buscaba. Lo sacó. Una bolsita de plástico, cerrada herméticamente, a presión, que contenía una ampolla de cristal alargada, poco más grande que un maní.

Rasgó la envoltura hermética de plástico, y dejó con mucho cuidado la ampollita de cristal sobre la cama.

Por supuesto, guardó el rasgado envoltorio de plástico en el maletín. Luego, cortó un par de pulgadas de cinta de esparadrapo color carne, y la dejó junto a la ampolla. Cerró el maletín, se aseguró una vez más de que nada quedaba olvidado, y puso el maletín sobre la maleta.

Colocó la ampollita sobre la tira de esparadrapo, dejándola adherida allí, con suave presión. Se bajó los negros pantalones largos, dejando descubiertas sus piernas hasta las rodillas. Estuvo vacilando unos segundos, y, por fin, se colocó la cinta de esparadrapo en el muslo derecho. La ampolla quedó oculta bajo el esparadrapo, pegada a la cara interna del muslo de la espía internacional más astuta jamás habida.

Se puso bien los pantalones, fue ante el armario y se miró en el espejo.

—Baby —musitó—, esta vez estás abusando de tu suerte. Algún día… Encogió los hombros, recogió la maleta y el maletín, y salió del cuarto.

* * *

Detuvo el coche en un punto de la plaza de Francisco Pizarro. Desde allí, veía perfectamente a Iskra III, esperándola. Pero todavía recurrió una vez más a su radio de bolsillo.

—¿Simón?

—Adelante, señorita Lafrance.

—Puede llamarme Baby, estoy sola en estos momentos.

—Pues adelante, Baby, adelante —rio Simón.

—¿Están ellos en el lugar convenido?

—Allá están.

—¿Está usted preparado?

—Estoy preparado.

—¿Tuvieron ellos suficiente libertad de acción en todos los sentidos durante estos días, para comunicarse y etcétera, etcétera…?

—La tuvieron sobradamente. No les he importunado en ningún momento.

—Bien… Esta es mi última llamada, Simón. Si dentro de dos horas no le he llamado, ya sabe lo que tiene que hacer.

—Buena suerte, Baby —murmuró el agente de la CIA—. De veras que la va a necesitar. ¿No sería mejor…?

—No. El plan está en plena marcha. Que sea lo que Dios quiera. Hasta la vista, Simón.

—Amén —suspiró el espía.

Brigitte cerró la radio, la guardó en el maletín, y se acercó con el coche adonde estaba esperando Iskra III. Ella abrió la portezuela derecha, y el ruso entró en el acto.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó.

—Nada.

—Me ha parecido que tardabas demasiado. Empezaba a temer…

—Temores vanos, querido. —Brigitte puso de nuevo en movimiento el pequeño coche—. Yo siempre gano.

Iskra la miró amablemente, alzando las cejas.

Bajo su jersey, una mirada experta podía notar el bulto de una pistola.

—Siempre hay una primera vez que se pierde, Monique —deslizó serenamente—. ¿Adónde vamos ahora?

—A una pequeña y bonita villa situada a diez millas escasas de aquí, en un lugar llamado
S'Arenal
, siguiendo la costa. ¿Conoces esa localidad?

—Solo de verla en el plano de la isla. Tendremos que seguir la carretera de la costa. Pasaremos por Coll
d'en
Rabassa,
C'an
Pastilla, y luego viene
S'Arenal

.

—Exacto. Una vez allí, iremos a esa villa.

—¿Y luego?

—Espero que a las doce en punto vendrá el helicóptero que te llevará a Torrejón. Lo demás será absurdamente fácil.

Absurdamente fácil.

Podría haber sido así de fácil si solo hubiera habido un Iskra en juego Pero había tres. Con ella, cuatro espías metidos en aquella sorprendente jugada rusa que, realmente, estaba casi segura de haber comprendido ya.

Y una vez comprendida la jugada del contrario, una vez conocidas sus cartas, el resto es… absurdamente fácil. Solo que, a pesar de que ella lo había preparado todo a la perfección, hasta en el más pequeño detalle, en cualquier momento uno de los jugadores podía hacer trampas, sacándose una carta nueva de la manga.

Sí…

Siempre hay una primera vez que se pierde.

Capítulo VIII

Faltaban un par de minutos para las doce cuando el coche se detuvo delante de la villa, un poco hacia el sur de S'Arenal, cara al mar, distante quizás un cuarto de milla. Se veía perfectamente el brillo de la luna sobre las aguas, que parecían negras, excepto el color plata allá donde se reflejaba la luz lunar.

—Hemos llegado —dijo Brigitte.

Se apearon los dos. Ella dejó las llaves en el contacto, limitándose a cerrar la portezuela de golpe. La maleta iba detrás del asiento trasero, y el maletín estaba en el pequeño portaequipajes delantero.

—¿Quién nos está esperando ahí? —señaló Iskra.

—Unos amigos, naturalmente. Por cierto, querido; tendrás que entregarme tu pistola.

—¿Por qué?

—Una vieja norma que no debería sorprenderte. La agente Baby es muy cuidadosa y precavida.

—¿Está ella en la casa? —exclamó Iskra.

—La verás ahí dentro. Ha sido ella quien lo ha preparado todo, desde luego.

—¿Sin intervenir directamente? —ironizó Iskra.

—Bueno… Ella siempre interviene directamente, de un modo u otro. Entremos.

Tenía la manita derecha tendida hacia el ruso, que se resignó a entregar su pistola, la cual, para su asombro, fue a parar dentro del coche, por la ventanilla.

Luego, los dos fueron hacia la casa. La puerta estaba abierta. Llegaron silenciosamente al *living* de amplio ventanal, desde el cual se veía el mar.

Brigitte señaló el bar, en un rincón.

—Puedes tomar algo, si quieres, mientras esperas unos segundos.

—¿Adónde vas ahora?

—A buscar a mis amigos.

Dio media vuelta y salió. Cruzó el corto pasillo-recibidor, y ascendió por la escalera volante que llevaba al piso alto. Una vez allí, se detuvo ante una de las puertas, y llamó tres veces seguidas y luego tres espaciadas.

La puerta se abrió, atraída hacia dentro por Iskra de Roma, que se quedó mirando con el ceño fruncido a la espía.

—Buenas noches, señor Iskra —saludó ella.

—¿Quién es usted?

—¿No me recuerda? Marina Lucientes, por supuesto. Supongo que no hará caso de una cara más o menos diferente, colega.

—¿Es esta su cara verdadera?

—No, no —rio quedamente la espía—. No es esta. Ni tampoco es la que usted vio en Roma, por supuesto. De todos es sabido que los espías…, los buenos espías, al menos, tenemos mil caras.

—Está bien… Acabemos con esto. ¿Y ahora?

—Ahora, haga exactamente esto: baje la escalera y espéreme abajo. No en el *living*. Solo abajo.

—Está bien.

Iskra salió del cuarto y bajó el tramo de escalones volantes. Cuando su cabeza había desaparecido ya del nivel visual del pasillo, la espía más astuta del mundo fue hacia otra puerta, a la cual llamó del mismo modo.

Esta vez, la puerta fue abierta por Iskra de Niza.

—Buenas noches, *monsieur* —saludó la sonriente Baby.

—¿Quién es usted?

—Es terrible la falta de originalidad de algunas personas: repiten lo que dicen otros… ¿No me recuerda, *monsieur*? —preguntó con la voz áspera y algo cascada de *madame la duchesse* de Montpelier.

—No es posible… Usted… usted es…

—Oh, vamos, por favor… Es evidente que yo soy *madame la duchesse, monsieur* Iskra. Tenga la bondad de venir conmigo.

—Sabía que usted era joven… ¡Lo sabía! ¿Acerté al suponer que era Baby?

—Quizá, *monsieur*. Quizá. ¿Vamos?

Señaló hacia la escalera. Iskra se puso en marcha hacia allí, llevando detrás a la espía. El ruso se detuvo cuando vio abajo al otro Iskra, pero Brigitte lo empujó amablemente con un dedito.

—Es un amigo, *monsieur*. Baje.

Abajo, se reunieron el Iskra de Roma, que miraba con una extraña y casi asustada expresión al Iskra de Niza, diez años mayor que él. Los ojos de Iskra de Roma brillaban ahora astutamente tras los cristales de sus lentes.

—¿Quién es? —señaló a Iskra de Roma.

—Las presentaciones se harán dentro de unos segundos, en el *living*. ¿Por favor…?

Entraron en el *living*. Los dos Iskra se quedaron mirando al apuesto y atractivo personaje que había allí, bebiendo junto al bar, y mirando con el ceño fruncido hacia la puerta.

—Señores —lo señaló Brigitte—, les presento a Iskra. Iskra, querido —sonrió al *yachtman*—, te presento a Iskra y a Iskra.

Los tres hombres quedaron tensos, mirándose unos a otros. El más joven fue el primero en reaccionar, dejando su vaso sobre el curvado y pequeño mostrador del bar.

—¿Qué significa esto? —Gruñó.

La espía los miró a los tres. Fue al sofá, se sentó lánguidamente, y sonrió:

—Espero que ustedes me lo expliquen —dijo, indiferente.

—Explicar… ¿qué cosa? —inquirió Iskra-Roma.

—El sorprendente hecho de que existan nada menos que tres Iskra… Y apostaría a que me he dejado olvidado alguno por esa vieja y simpática Europa continental.

—¿Estás loca? —masculló Iskra-Palma.

—Algún día acabaré loca, seguramente —sonrió la espía—. Sobre todo, si me siguen encargando misiones como esta. Adelante, caballeros, discutan entre ustedes quién es el verdadero Iskra. Pero, desde luego —sacó su pistolita del bolso—, háganlo con tranquilidad y cortesía. Con buenos modales.

—¡No hay nada que discutir! —exclamó Iskra-Palma—. ¡Yo soy el verdadero Iskra!

—¡Mentira! —negó Iskra-Roma—. ¡Yo soy Iskra!

—Yo soy Iskra —refunfuñó Iskra-Niza.

Brigitte los fue mirando, uno a uno, amablemente. Volvió a

sonreír, se puso en pie y fue hacia el bar. Pasó tras el mostrador, se inclinó, sacó una baraja y volvió al sofá. Acercó la mesita redonda y señaló los sillones cercanos.

—Por favor, siéntense, caballeros: la partida va a empezar.

—¿Qué partida?

—Una partida de póker. Siéntense…, por favor.

Dejó la pistolita sobre la mesa y comenzó a barajar las cartas. Los tres hombres se acercaron, arrastrando sendos sillones. Pero, de pronto, en lugar de sentarse, Iskra-Roma cogió velozmente la pistolita de Brigitte, y le apuntó al pecho.

—¡No habrá partida de póker! —exclamó—. ¡Esta trampa…!

—Cálmese y siéntese —sonrió Brigitte fríamente—: la pistola está descargada.

Iskra-Roma se volvió, apuntó a Iskra-Palma y apretó el gatillo. Solamente se oyó un suave «clic» metálico. Ese fue todo.

Iskra-Palma adelantó un paso, crispado el rostro. Uno de sus grandes puños se cernió ante el rostro de Iskra-Roma…

—Seamos civilizados —sugirió Brigitte—. Todo puede arreglarse de otro modo. ¿Jugamos al póker, por favor? En mi opinión, esto se resolverá de modo… independiente a nuestra voluntad. Muchas gracias por sentarse, caballeros…

—¿Qué está tramando ahora? —musitó Iskra-Niza.

—De veras que solo una partidita de póker. Veamos… Aquí tenemos los cuatro ases: picas, trébol, corazón, diamante… Es un hermoso póker, ¿no les parece?

—Todo esto es muy absurdo, Monique —dijo Iskra-Palma—… ¡Una tontería!

—Es posible, querido. Pero de este póker tiene que salir la verdad.

—La verdad es la mía, Monique. Yo soy Iskra.

—Bueno… Es posible, sí. Pero creo que eres el que menos probabilidades tiene de convencerme, realmente. Según todos los datos razonables, Iskra no tiene menos de cincuenta años. ¿Cómo explicas tu aspecto tan juvenil?

—Soy hijo del auténtico Iskra.

—¿Hijo de…? ¡Oh, vamos…!

—Te aseguro que es la verdad. Hace diez años, mi padre fue asesinado en Bombay. A partir de entonces, yo ingresé en la MVD,

tomando su mismo nombre.

—Muy interesante… De manera que llevas diez años trabajando para la MVD. Y ahora, de pronto, quieres pasarte a la CIA. ¿Por qué?

El gesto de Iskra-Palma se endureció.

—Hace solamente un mes que descubrí que mi padre había sido… eliminado por la propia MVD, por motivos de… reajuste de personal fanáticamente adicto. Mi padre, el primer Iskra, el auténtico Iskra, no era un fanático ciego, sino un… espía que pensaba por su cuenta. Tenía entonces cuarenta y ocho años, y su trayectoria profesional lo estaba aproximando demasiado al Kremlin, a una posible intervención política de altura. La MVD decidió que Iskra, con su muy personal modo de pensar, no podía ocupar un puesto político, y fue… eliminado. Asesinado por tres agentes de la propia MVD en Bombay. Esa es la verdad única.

—Parece… razonable —musitó Brigitte—. Y tú, al enterarte de esa… cochinada de la MVD, decidiste darle un buen escarmiento, poniendo en manos de la CIA un fabuloso microfilme.

—Sí. Merecen esa lección, por lo que hicieron.

—Está loco —mascულló Iskra-Roma—. Completamente loco. ¡Yo soy Iskra!

—Yo soy Iskra —dijo secamente Iskra-Niza.

—Caballeros, no ganaremos nada discutiendo… ¿Alguno de ustedes puede demostrar que es Iskra, de algún modo? Por pequeño que sea el detalle, quizá yo pueda comprenderlo y admitirlo. ¿Alguno tiene la más pequeña prueba que pueda demostrar su personalidad? ¿No? Entonces, vamos a repartirnos este póker. Hay cuatro ases aquí, en mis manos. Mi preferido es el de corazones… Pues bien, esta partida de póker va a ser muy singular, extraordinaria: repartiremos el póker de ases, y aquel de ustedes que reciba el as de corazones, ese será Iskra.

—Es absurdo —musitó Iskra-Palma.

—Seguramente. Pero es el único modo de que dispongo para tomar una decisión. Aquel de ustedes que reciba el as de corazones, será considerado como el auténtico Iskra a todos los efectos, y llevado a Estados Unidos, donde…

Se calló de pronto, y se quedó mirando a los dos hombres que habían aparecido en la puerta, empuñando sendas pistolas.

Los tres Iskra siguieron su mirada, y quedaron inmóviles, petrificados.

Los recién aparecidos entraron lentamente en el *living*, silenciosos. Tras ellos, otros dos, uno de los cuales fue hacia el ventanal, y el otro se apresuró a coger la pistolita de Brigitte de sobre la mesa.

—No recuerdo haberles invitado a la fiesta —sonrió Baby, hablando en ruso, muy amable—. Quiero decir, a la partida de póker.

—No será necesaria ninguna partida, Baby —dijo uno de los hombres, también en ruso.

—¿No? Entonces ¿cómo sabré cuál de mis tres invitados es el auténtico Iskra?

—Le facilitaremos la solución. Ustedes dos, vengan aquí.

Iskra-Roma e Iskra-Niza se pusieron en pie, sonriendo, y se apartaron de la mesita, dejando solos a Brigitte y a Iskra-Palma. Brigitte lo miró, sonriendo siempre, casi dulcemente.

—¿De modo que eres tú? —musitó.

El apuesto ruso con indumentaria de *yachtman* estaba un poco pálido. Se quitó la gorra y la dejó sobre la mesa, con gesto desalentado.

—Lo has echado todo a perder, Monique.

—Lo lamento de veras, querido espía. Pero ¿cómo podía creer en ninguno de los tres? ¿Con qué base? Cualquiera de vosotros podía ser el verdadero Iskra, tienes que comprenderlo…

—Lo comprendo. Y espero que tú hayas comprendido por fin que yo soy Iskra, hijo de Iskra. Lo que he te contado es cierto.

—No tengo más remedio que creerlo. Pero… No sé… Ha sido todo tan confuso desde el primer momento…

—Ya no caben lamentaciones, Monique.

—No es Monique —se acercó otro de los rusos—. Ella es la famosísima y jamás cazada ni identificada agente Baby de la CIA. ¿O quizá no?

—Seguro que sí —sonrió Brigitte—. Yo soy Baby, caballeros. Convenientemente maquillada, muy bien alterado mi rostro, pero… soy Baby. Sería una tontería negarlo en un momento como este, tan próximo a la muerte.

—Oh, no… No, Baby, no… Las cosas no son tan sencillas. Ni

mucho menos. ¿Quién habla de morir?

—Pues… No sé. ¿Acaso no van a matarme?

—¡Desde luego que no! No por ahora, al menos. Su cadáver no servirá de nada a la MVD. Usted es una pieza que interesa viva. ¿Sabe cuál es la recompensa, ofrecida por la MVD a aquel de sus agentes que lleve a Moscú a la agente Baby?

—¿Un billón de dólares?

—No tanto —sonrió secamente el ruso—. Solamente un millón. Millón, no billón.

—¿Pero un millón… de qué? ¿De dólares o de rublos?

—De rublos.

—¿De veras? Tendré que formular una queja a la MVD. Y la haré por medio de ustedes.

—¿Por medio de nosotros?

—Sí. Cuando regresen a Moscú, digan, de mi parte, que me parece intolerable el precio que han puesto a mi cabecita. Y ustedes, los eficaces agentes de la MVD, no sean tontos: para jugarse la vida contra Baby, pidan, lo menos, un millón… de dólares. Aunque después de esto quizás ofrezca la MVD ese millón de dólares… y otro de propina.

—¿Después de esto? Después… ¿de qué?

—De lo que va a ocurrir aquí.

—¿Tiene esperanzas de escapar una vez más?

—Nunca pierdo la esperanza. Además…

Iskra-Roma se acercó al ruso que estaba dialogando con Brigitte, y musitó unas palabras en su oído. El hombre asintió con la cabeza, y a su vez cuchicheó algo en el oído del compañero que había entrado con él, el cual salió del *living*.

Finalmente, el ruso se quedó mirando fríamente a la divina espía internacional.

—Nos dice nuestro camarada que pronto va a venir un helicóptero a esta villa, a recogerla a usted, y, suponemos, al Iskra que hubiese elegido… ¿Le parece bien que esperemos a su compañero o compañeros?

—Preferiría que no.

—Pues lo haremos.

—Él verá el coche, o algo…

—¿Nuestro coche? No, no… Está lejos de aquí. Y no verá nada,

porque los cinco estaremos aquí dentro, esperando. Todos estaremos aquí dentro, bien ocultos. Será una sorpresa para sus amigos, Baby.

—Una sorpresa terrible —sonrió Brigitte—. Quería preguntar una cosa: ¿ustedes están seguros de que él es Iskra?

Señalaba al más joven, al de Palma de Mallorca.

—Completamente seguros.

—Bien. Entonces, a él le corresponde el as de corazones, no cabe dudar más.

Separó el as de corazones y lo colocó dentro de la gorra de *yachtman*, mirando con triste sonrisa al ruso Iskra, que parecía indiferente a todo.

—Reparto exacto —dijo el otro—. Lástima que lo ha hecho un poco tarde, Baby.

—¿Tarde? ¿Por qué?

—Porque ninguno de los aquí presentes llegará a Washington.

—Eso es discutible. De todos modos, los tres microfilmes sí llegarán a Washington. Eso levantará ampollas en la piel de la MVD, ¿no le parece?

—¿Ha enviado los tres microfilmes? —Sonrió el ruso.

—Desde luego. Por una vía rapidísima y segura. ¿Le molesta?

—¡Claro que no! ¿Qué hará la CIA con tres microfilmes parecidos, pero de diferente contenido y explicaciones? ¿A cuál de ellos hará caso? ¿A los tres? Eso le costaría más millones que a nosotros la renovación del último esquema de espionaje mundial. Y si solo van a hacerle caso a uno de los tres microfilmes… ¿quién les asegura que ese es el auténtico, el que consiguió Iskra, y que no están tirando millones de dólares en un contraespionaje inútil?

—Claro… A menos que alguien fuese a Washington y seleccionase el microfilme verdadero, el auténtico.

—Nadie de aquí llegará a Washington para hacer tal cosa.

—Yo llegaré —sonrió Brigitte; miró su relojito—. Exactamente mañana, a las dos de la tarde, en vuelo especial que saldrá de la base conjunta yanqui-española de Torrejón.

—¿Se cree invencible? ¿O está tratando de intimidarnos? Ni siquiera tiene idea de cómo han ido las cosas, de la trampa que les hemos tendido, del astuto modo en que hemos resuelto la desagradable situación en que iba a colocarnos Iskra. Ni siquiera…

—¿Está sugiriendo que no he comprendido nada, ruso? ¿Está realmente diciendo que la agente Baby todavía no ha comprendido del primero al último detalle de su astuta jugada?

—Eso estoy diciendo.

—Error, ruso. Error grande. Yo lo sé ya todo.

—¿De veras?

—Si quiere, se lo explico.

—¿Por qué no? Tenemos tiempo, según parece. Adelante… Explique todo lo mucho que sabe de nuestra jugada.

Brigitte iba a empezar a hablar cuando en la puerta apareció el ruso que había salido antes, acompañado ahora de otro.

El que llevaba la voz cantante asintió con la cabeza, los distribuyó en el *living* señalando diversos puntos, y se encaró de nuevo con Brigitte.

—Perdón por la interrupción… ¿Qué iba a decir?

—Hagamos un pequeño resumen de los hechos, simplemente. Iskra se escapa de Rusia con un microfilme valiosísimo, y la MVD comprende que solamente será atendido debidamente por la CIA. Entonces, selecciona a dos de sus agentes —señaló a los Iskra de Roma y Niza—, y los lanzan a Europa, para que desde allí envíen a Washington-CIA sendas ofertas de colaboración, lo cual se supone que es lo mismo que habrá hecho el auténtico Iskra. También suponen que la CIA tendrá que ayudar a Iskra a salir de Europa, pues la MVD despliega todas sus redes, cerrando todas las salidas para un hombre que no cuente con una eficaz ayuda para salir del continente. Pero aún hacen más: dejan filtrarse gran cantidad de información respecto al auténtico Iskra, de modo que diversos sistemas de espionaje europeos se ponen frenéticamente en movimiento, hacia los puntos donde, probablemente, estará Iskra. De este modo, en Roma y en Niza, los húngaros y alemanes, respectivamente, localizan a dos falsos Iskra, en lugares donde el verdadero Iskra tenía bases de operaciones durante sus desplazamientos por el continente. En pocas palabras: la MVD se asegura al máximo de que, sean ellos mismos, o sean otros, localizarán a Iskra, para eliminarlo. Y al mismo tiempo se aseguran de que hay tres microfilmes en danza, de tal modo que, si llegan a la CIA, esta se desconcierte completamente… ¿Voy bien?

—Por ahora, sí.

—Entonces, me merezco un cigarrillo. ¿Puedo…?

Alargó una mano hacia su bolso, pero uno de los rusos se adelantó rápidamente, impidiéndole tomarlo. El que llevaba la voz cantante se acercó, sonriendo, sacó su propio paquete de cigarrillos, ofreció uno a Brigitte, y se lo encendió.

—Gracias —sonrió la divina espía—. ¿Dónde estábamos…? ¡Ah, sí! Bien… En el plan anteriormente expuesto, se arriesgan las vidas de dos agentes —señaló otra vez a Iskra-Roma y a Iskra-Niza, que palidecieron ligeramente—. Pero eso no importa. Naturalmente, ellos dos no saben que la MVD ha delatado los escondrijos de Iskra en Europa, y que no dan importancia a su probable muerte. Lo que interesa, aparte de desconcertar a la CIA con tres Iskra, es que, si estos salen vivos de las venganzas de húngaros, alemanes, etcétera, sean recogidos por la CIA, y llevados a un lugar desde el cual, evidentemente, serán enviados a Estados Unidos. Pero, por supuesto, en ese lugar, o sea, en esta villa, se reunirán tres Iskra. Uno de ellos, el verdadero, el que la MVD, por sus propios medios solamente, no puede encontrar. En cambio, sí lo encontrará la CIA, ya que el auténtico Iskra, es claro, habrá citado en determinado lugar al enviado del espionaje americano… Entonces, ocurre que, vigilando a los dos agentes de la MVD que se hacen pasar por Iskra citando también a la CIA en dos puntos diferentes que han sido Roma y Niza, ustedes llegarán hasta el punto clave desde el cual la CIA proyecta enviar al auténtico Iskra a Estados Unidos. Y así lo hacen: vigilan a Iskra-Roma y a Iskra-Niza, de lejos. No intervienen ni siquiera cuando los ven en peligro, porque confían en que la CIA los sacará de sus apuros. Y así sucede: primero uno y luego otro, ambos falsos Iskra son traídos a Mallorca y depositados, provisionalmente, en sendas casas de las poblaciones mallorquinas de Valldemosa y Binisalem. Son dejados allí, con entera libertad para ponerse en contacto con ustedes. Y así lo hacen, de modo que ustedes vienen a Mallorca, localizan a sus dos agentes que se hacen pasar por Iskra, y esperan a que la CIA traiga también a Mallorca al auténtico Iskra. ¿Bien?

—Muy bien —sonrió ceñudamente el ruso. Brigitte señaló el bar.

—¿Me darían un trago de algo?

—No.

—Aunque sea vodka.

—No. Siga.

Baby suspiró como una niña decepcionada.

—Bien, pues prosigo… Esta noche, un hombre de la CIA va a Valldemosa y a Binisalem, primero a un sitio y luego al otro, y trae a los dos falsos Iskra. Los deja a cada uno en un cuarto diferente de esta villa, les dice que no salgan de su cuarto, y así, ambos, ignorando la presencia de otro falso Iskra, esperan mi señal para abrir la puerta. Mientras tanto, ustedes están afuera, bien escondidos, esperando la llegada del tercer Iskra, del auténtico. Están en buen camino, su plan es formidable: tres Iskra, tres microfilmes, desconcierto total para la CIA… Y, mientras tanto, la pobrecita CIA haciéndoles el trabajo de buscar al auténtico Iskra, para traerlo a esta villa donde anteriormente han sido traídos los dos falsos Iskra. Y… así sucede. La CIA ha gastado dinero en el trabajo, ha arriesgado nada menos que a Baby, y, como premio, solo tiene tres microfilmes parecidos, cualquiera de los cuales puede ser el verdadero, o los tres falsos. En cambio, ustedes, se quedan nada menos que con Iskra y con Baby… La gran jugada, caballeros. Mis felicitaciones. Y total, ¿qué han arriesgado? ¿Las vidas de los dos falsos Iskra? ¡Bah! ¡Pequeñeces! Pequeñeces, si se las compara con lo terrible que hubiera sido que Iskra y su verdadero microfilme hubieran llegados, solos y sin complicaciones para la CIA, a Washington. Fin. ¿He olvidado algo?

El ruso que mandaba el grupo movió negativamente la cabeza.

—Nada —musitó—. Asombroso, Baby. Empiezo a creer que su cabeza vale realmente el millón… de dólares.

—Valdrá más cuando esto haya terminado.

—¿Insiste en que usted llegará a Estados Unidos, al Cuartel Central de la CIA, para señalarles el verdadero microfilme?

—Llegaré, señores.

Iskra-Roma se adelantó, vacilante, pálido.

—Yashin, lo que ella ha dicho de nosotros…

—¡Quieto! ¿No te das cuenta de que pretende enfrentarnos, Leon?

—Ella dice que estabais dispuestos a sacrificar nuestras vidas en manos de los húngaros, o los alemanes, o…

—Ya te aclararán eso en Moscú. Lo que importaba era capturar a Iskra, y lo hemos conseguido, ¿no es así?

—Pero la MVD estaba dispuesta a dejar que nos matasen con tal de que vosotros, que estabais cerca, sin intervenir, pudierais localizar y seguir a los enviados de la CIA para llegar hasta aquí… Habéis estado cerca de nosotros en todo momento, y no nos habéis ayudado…

—Ya te digo que eso se aclarará en Moscú.

—¿Qué se aclarará? Está bien claro que nos vendíais, que nos utilizabais como carnada para encontrar a Iskra…

—No se decepcione demasiado —sonrió fríamente Brigitte—. La CIA también hace jugadas tan sucias como esa. Somos espías, y tenemos que apechugar en todo momento con las consecuencias. Por cierto, Yashin, ¿qué ocurrirá con Iskra? Entiendo que a mí quieren llevarme viva a Moscú. Pero… ¿qué pasará con él?

Yashin miró fríamente a Iskra-Palma.

—Pasará lo que pasa con los traidores. Y eso, pasará aquí mismo, antes de marcharnos.

—Entiendo. Bien: creo que ha llegado el momento de terminar la partida, señores.

Los rusos la miraron, malévolos, expectantes. Pero Brigitte no se movió, ni dejó de sonreír…

—Esto es una trampa —musitó uno de los rusos—. Ella nos ha metido en una trampa, Yashin…

—Es posible —musitó el jefe del grupo—. Pero si es cierto, no será ella quien sobreviva. Ni Iskra.

—Creo que sobreviviremos todos… por esta vez, al menos —dijo Brigitte—. Pero la próxima vez que nos encontremos no seré tan considerada con ustedes. Mis saludos a la MVD. Ah…, y no olviden decir en Moscú que exijo que se me valore en dos millones de dólares, por lo menos. Caballeros, la partida ha terminado.

Cruzó las piernas y las apretó fuertemente. Fue la única que supo que en aquel momento una diminuta ampolla conteniendo gas concentrado de efectos fulminantes se rompía, clavándose los pequeños cristales en su muslo, dejando escapar el gas…

* * *

Hora y media más tarde, casi a las dos de la madrugada, un helicóptero se posaba en el jardín de la villa. Simón saltó de él, se

dirigió tranquilamente a la casa, entró, y se fue directo al *living*, pistola en mano. Apenas asomarse a la puerta, sonrió y se guardó la pistola.

Fue al bar, se sirvió una dosis de *whisky* y la bebió lentamente, paladeándola, mientras miraba el sorprendente cuadro que se ofrecía a sus ojos: ocho hombres y una mujer durmiendo tranquilamente, como si la vida fuese la más plácida de las diversiones. Siete de los hombres, dos de las cuales eran Iskra-Roma e Iskra-Niza, estaban tirados de cualquier modo por el suelo, algunos de ellos con la pistola en su inerte mano. El octavo hombre, el más joven de los Iskra, estaba caído de bruces sobre la mesita redonda.

En cuanto a la fabulosa y divina espía jamás suficientemente alabada, estaba sentada en el sofá, como una muñequita, durmiendo el más dulce de los sueños, entreabierta la boquita en un gracioso gesto de niña feliz.

Simón acabó el *whisky*, dejó el vaso en simpático equilibrio sobre otro, y se puso en movimiento, silbando. Con gran cachaza y tranquilidad, registró primero a Iskra-Roma, luego a Iskra-Niza, y finalmente a Iskra-Palma.

Entonces, dejó de silbar, desconcertado, y se rascó la coronilla.

—Demonios —mascullo—. Ella dijo que colocaría el as de corazones sobre el verdadero Iskra, pero no veo que la carta la tenga ninguno de los tres…

Estaba realmente perplejo.

—Veamos, veamos, Simón de Baby… Ella sabía que vendrían los chicos de la MVD a esta villa cuando los tres Iskra estuviesen reunidos. Y precisamente eso era lo que quería, para que los mismos rusos, cayendo en la trampa, le dijeran sin lugar a dudas cuál de los tres rusos era el Iskra auténtico… Cuando lo supiese, ella colocaría el as de corazones en las ropas de…

Apartó de pronto a Iskra-Palma, echándolo hacia atrás en el sillón.

Y entonces vio la gorra del apuesto ruso, con el as de corazones dentro.

—Je, je —rio Simón—. ¿Cómo pude pensar que ella fallaría?

Se cargó a Iskra-Palma, al auténtico Iskra, y lo llevó al helicóptero. Regresó al *living*, recogió el bolso de Brigitte, su

pistolita y las pistolas de los agentes de la MVD. Lo llevó todo al helicóptero, y volvió otra vez al *living*.

Se acercó a Brigitte, estuvo mirándola unos segundos, y por fin, sonriendo, dijo:

—Ahora te toca a ti, Baby.

Se la cargó en un hombro, como si fuese un saco, sonriendo burlonamente, y le dio una palmada en una nalga.

—Tú no despiertas hasta Torrejón, encanto. Espero tener todavía la ocasión de charlar contigo, antes de meterte en el avión que os llevará a ti y a Iskra a Washington. ¡Él sí que tiene suerte! ¡Todo un cruce del Atlántico en compañía de Baby!

Salió del *living*, llevando sobre un hombro a la más bella espía del mundo, como si fuese algo sin valor.

Volvió precipitadamente a la puerta del *living*, y guiñó un ojo a los dormidos agentes de la MVD.

—Verdaderamente, jamás espía alguno tuvo tanta suerte como vosotros, compadres. Espero que esto, al menos, os sirva para no aceptar jamás ninguna partida de póker con Baby… ¿Cuándo querréis aprender los de la MVD que Baby siempre hace trampas…?

Este es el final

—Es el señor Grogan, señorita. Y Frank…, el señor Minello viene con él.

—Oh… Que pas…

Pero Miky Grogan y Frank Minello ya habían pasado. Entraron en el saloncito íntimo de la espía, a todo tren. Frank Minello sonreía, y, como siempre, su mirada fue hacia los visibles encantos de la divina espía. Miky Grogan también vio los encantos, pero estaba muy furioso, y no se dejó enternecer.

—¡Está bien! —aulló—. ¡Me pide usted unos días de vacaciones para ir a cazar, se los concedo, y cuando voy a reunirme con usted a la cabaña, resulta que no está allí…! ¿Por qué?

—Tuve que hacer un recado. Hola, Frankie, amor.

—Hola, bellísima espía. ¿Me amas?

—¡Déjate de tonterías, Frank! —gritó Grogan—. ¡A ti también te ha dado esquinazo, ¿no es cierto?! Nos vamos los dos allá, como dos tontos, para acompañarla en un día de caza, y la palomita ha volado… ¡Usted me mintió!

—Te amo, sí, Frankie querido —sonrió Brigitte—. Pero no del todo, tú ya sabes. ¿Yo le mentí, iracundo jefe?

—¡Dedicó sus vacaciones a cosas que no me dijo!

—Ya le digo que tuve que hacer un recado.

—¡Un recado! ¡Estoy seguro de que me pidió esas vacaciones para irse por esos mundos haciendo algo para la CIA! ¡Y soy yo quien le paga!

—También la CIA me paga, querido.

—¡No me llame querido!

—Entonces, le diré que también la CIA me paga, odiado. Y más que usted. Precisamente, quería hablarle de un posible aumento de…

Miky Grogan palideció intensamente.

—¡No! —exclamó—. ¡Nada de aumentos de sueldo! ¡Hablemos de otra cosa! ¡Y no cuente con ningún permiso mío hasta dentro de… de veinte años! ¿Está claro?

—Clarísimo Emmm… ¿Tomarían los caballeros una copita de champaña frío con guindas?

—Ejem… Bueno…

—Parece que se ha calmado, odiado jefe… ¿Y tú, Frankie? ¿Me aceptas una copita?

Frank Minello se sentó en el sofá, junto a Brigitte, y la abrazó impetuosamente, besándola en los labios ante el estremecimiento de celos de Miky Grogan, que quedó amarillo de envidia.

—Yo acepto veneno, si tú me lo das… ¡Veneno! Y ahora, dime la verdad: ¿dónde has estado?

—No os lo vais a creer…

—¡Yo me creo todo lo que tú me digas!

—Bueno, pues…, en ese caso… Estuve… jugando una partida de póker, en la que, como siempre, yo tenía las mejores cartas.

—¿Ganaste?

—Gané.

—¿Pero… con trampas?

—No tuve más remedio. Por cierto… ¿jugamos al póker? Espero no dormirme esta vez…

FIN

Notas

[1] Estremecedores recuerdos de Brigitte sobre su aventura titulada *Los asesinos invencibles*, publicada en esta misma colección. < <

[2] Hasta el momento, la agente Baby ha utilizado tres nombres falsos en esta novela: Marina Lucientes Valdés, Annette Simonet, duquesa de Montpelier y Monique Lafrance. Son nombres que ya utilizó en pasadas aventuras, relatadas respectivamente en *Los espías no existen, Espionaje cientìfico*, y *El coronel Popitek*, novelas publicadas en esta colección. <<